

1905: EL ENSAYO GENERAL REVOLUCIONARIO

POR

ANGEL MAESTRO

1905: el Ensayo General. Así fue calificado por el mismo Lenin, el movimiento revolucionario de ese año, verdadero prolegómeno de los hechos de 1917, que acabarían primero con el zarismo, y, posteriormente, implantarían la tiranía de mayores y más trágicas consecuencias de la historia, marcando, de una forma trágica, no sólo a Rusia, sino a generaciones sucesivas y a pueblos distintos, abriendo un nuevo período en la historia de la humanidad. 1905 fue el ensayo de 1917, dándose en el mismo características similares, que en este caso hicieron tambalearse a las estructuras del poder, pero sin llegar aún a ocasionar su caída.

A pesar de la colosal propaganda comunista sobre lo decisivo de la actividad bolchevique en los hechos revolucionarios, hay que tener en cuenta un suceso considerado objetivamente, y desde luego desmitificador de los pseudohistoriadores sistemáticamente falsificadores de la historia, y del papel, del verdadero papel, del partido bolchevique en la revolución, tanto en la de 1905 como en la de 1917. Y es que hay un hecho fundamental que posteriormente analizaremos dentro de las consecuencias que llevaron, aunque sólo fuese durante algún tiempo, a vislumbrar el posible triunfo de la revolución. Este hecho fue, al igual que en 1917, la derrota de Rusia en una guerra internacional. En 1905 frente al Japón, y en 1917 frente a Alemania. Observaremos objetivamente el importante papel bolchevique en el contexto de actividades revolucionarias y su contribución a la desintegración de la estructura de poder de la sociedad zarista; pero es un hecho cierto, considerado dentro de unas perspectivas objetivas, que sin la causa definitiva producida por la derrota en ambas guerras, y a pesar de cuantas contradicciones internas en la estructura feudal burguesa

rusa quieran mostrarnos los historiadores comunistas, a pesar de cuantas condiciones subjetivas fuesen aportadas por el partido; es un hecho irrefutable, guste o no guste, que sin las derrotas militares no hubiesen fructificado las circunstancias revolucionarias.

I. Antecedentes

Remontándonos solamente hasta el año 1900, podemos observar cómo estamos ante una sociedad inmersa en un proceso de cambio y ante una agitación revolucionaria en gran ebullición. Su aspecto más visible, el terrorismo, alcanza grados muy altos. En 1901 es asesinado el ministro de Instrucción Pública, Bogolepov. En 1902 cae el ministro del Interior, Sipiaghin, en 1904 su sucesor, Plehwe, hombre considerado como reaccionario por todos los progresistas liberales de la época, y quien parece había desempeñado un papel importante impulsando a Nicolás II a la guerra contra el Japón. Esto sería una constante histórica posterior común a los sistemas autocráticos: volcar hacia el exterior las situaciones difíciles y conflictivas en el interior, y que a veces produce buenos resultados —véase el ejemplo de Hassan II en la famosa Marcha Verde—, pero que otras veces ocasiona la destrucción total del sistema. En 1905 es asesinado el Gran Duque Sergio Alexandrovich.

Sin embargo, no eran los bolcheviques la fuerza revolucionaria más proclive al terrorismo violento. Más bien podríamos calificarles como adeptos a un terrorismo selectivo, a utilizarlo sólo cuando la ocasión lo justificase, pero opuestos a ese terrorismo continuo, más propio de organizaciones exasperadas y fanáticas, pero desprovistas de un programa de acción más o menos lógico y aplicable a un medio y a un largo plazo, no necesitando de una virulencia inmediata.

Además de socialdemócratas, recientemente escindidos entre bolcheviques y mencheviques (1), dos fuerzas políticas destacadas se

(1) Recordemos cómo el nombre del partido era P.O.S.D.R. (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso), y cómo hasta 1917 no se llamaría Partido Comunista.

observan en la escena rusa a principio del siglo xx. En 1901 los socialistas revolucionarios, y en 1903 el Partido Liberal. Los socialistas revolucionarios poseían en su doctrina y en su acción un impulso mucho más destacado hacia la acción antizarista, que hacia la construcción de un modelo de sociedad, valiéndose del terrorismo a ciegas, como «instrumento de propaganda y agitación, una especie de lucha abierta sostenida ante la mirada de todo el pueblo, que irá minando el prestigio del gobierno» (2). Esa actitud era considerada como primitiva y ausente de carácter científico por los bolcheviques, además de su falta de toma de conciencia de la misión del proletariado, pues en sus publicaciones, bastante numerosas por cierto, sólo menos de un dos por ciento de las mismas trataba el tema obrero. Estaban dirigidos por la conocida Katherina Bresjovski, quien había permanecido en el destierro en Siberia durante veinte años, por el jefe de los Grupos de Acción y dirigente de los ejecutores materiales de los asesinatos, Grigori Guershuni, y antiguos combatientes del grupo «La voluntad del pueblo» y de los «Narodniks», como Viktor Chernov y el millonario Gotz.

Los socialdemócratas se dirigían, principalmente, al proletariado, como elemento decisivo para la revolución, mientras que los socialrevolucionarios, conservaban su fe en el elemento campesino, ya que eran procedentes, en parte, de los antiguos Narodniks (populistas) y estaban inspirados en el espíritu comunitario de los primitivos MIR. La mayor parte de los atentados anteriormente expuestos, fueron cometidos por los socialrevolucionarios. Esta postura de defensa, a ultranza del papel del campesino frente al obrero, forzosamente tenía que entrar en colisión con la sostenida por los socialdemócratas, y respecto a ello es significativa la frase de Plejanov, el viejo pontífice del marxismo en Rusia, quien en fecha tan temprana como el 1889, dijo: «La revolución rusa triunfará como revolución proletaria, o no triunfará».

Otro grupo, los liberales, estaban compuestos por tres sectores diferenciados, «los terratenientes de tipo medio, los especialistas téc-

(2) Comentario sobre una publicación de la época recogida por Lionel Kochan, *Rusia en revolución*.

nicos, como médicos, maestros, veterinarios, y el tercero por miembros de profesiones liberales: académicos, abogados e ingenieros» (3).

Al unirse intereses tan diferentes y con objetivos tan poco conciliables, la tendencia común se resumía en un frente amplio de oposición, entre cuyos fines destacaba una ampliación de las libertades, y a través de sucesivos pasos, llegar a la creación de un parlamento. Todo ello, al igual que ocurría con los bolcheviques, estructurado en torno a un medio informativo, el periódico fundado en Alemania, concretamente en Stuttgart, titulado *Osvobozhbenie* («Liberación») —siempre la importancia de contar con un medio informativo que aglutine a los partidarios de cualquier sistema, como el «Iskra» de los entonces socialdemócratas— y que era dirigido por el conocido Piotr Struve (4), antiguo compañero de Lenin, y autor del considerado, siempre con dudas entre los historiadores de la época, primer congreso del P.O.S.D.R. Siguiendo esa constante de íntima relación medio informativo-movimiento político, en torno a *Osvobozhbenie*, surge la Liga de Liberación, defensora de ese programa de libertades antes mencionado. En 1903 se constituye la «Unión para la Liberación», dirigida e impulsada principalmente por el profesor Pavel Miliukov, miembros de la aristocracia como los príncipes Dolgorukov, otros miembros de la sociedad profesional, intelectuales, liberales como Fedor Kokosjin, el abogado muy destacado de la época, Vladimir Nabokov e Iván Ptrunkevich.

La aparición con fuerza cada vez más creciente de una burguesía en las grandes ciudades, aún con las naturales limitaciones comparado con Occidente, en la disminución de la población del medio rural y la creciente industrialización, con la aparición en forma ascendente del proletariado, son factores de considerable importancia que enfrentarán a la sociedad rusa; por un lado, a la tradicional autocracia aristocrática, y, por otra parte, estas nuevas fuerzas sociales que iban apareciendo (5). Las características de la sociedad rusa, hacían ver a

(3) Obra citada.

(4) «1903, un año decisivo en la Historia del Comunismo». Angel Maestro. Publicado en *Verbo*, núm. 171-172.

(5) Resulta curioso un sistema sobre el que se ha hablado muy poco en Occidente, como era el del ascenso a la nobleza en la sociedad rusa de

la misma dentro de una perspectiva histórica, tan querida por los bolcheviques como la de la Revolución Francesa, de que cuando se produjese una revolución, sería esencialmente de característica burguesa, pasando solamente después de un proceso posterior, a una revolución impulsada y dirigida por el proletariado, que, a su vez, iría hasta el campesino como liberador de clase.

II. Los bolcheviques

Después de 1903, año decisivo en la historia del comunismo, con su II Congreso, en el que se produce la escisión entre bolcheviques y mencheviques (6), los primeros, dirigidos por Lenin, se dedican con su ardor y fanatismo característico, a poner en práctica el programa del partido aprobado en el referido Congreso. Es cierto que los bolcheviques intentaron en numerosas ocasiones poner fin a la escisión producida en el partido, tratando Lenin de llegar a un acuerdo con sus opositores, y por iniciativa del mismo Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, preparó, en octubre de 1903, el «Comunicado sobre el II Congreso Ordinario del P.O.S.D.R.», que contó con la oposición de los mencheviques y, muy particularmente, con la decisiva de Plejanov, pero no apareció en *Iskra* hasta el 25 de diciembre de 1903, siendo luego editado por los bolcheviques dentro de Rusia en un folleto. Deseoso Lenin de manifestar su fuerza

la época, pues aparte de la nobleza tradicional, existían ciertos grados en una escala que iba desde el 1 hasta el 14, en la que los funcionarios que desempeñaban eficazmente su labor, y a los que se les recompensaba por hechos más o menos sobresalientes en el ejercicio de su carrera, eran ascendidos a esas categorías nobles, que conferían la nobleza mientras vivía el titular, siendo sólo hereditario a partir de cierto grado. Curiosamente, la familia de Lenin tiene una evidente procedencia aristocrática, pero no procedente de la nobleza de la sangre al concepto tradicional, sino de estos altos funcionarios que eran ennoblecidos. El padre de Lenin llegó a ocupar un grado número 4 superior al de otro destacadísimo bolchevique posterior, como fue Bujarin, cuyo padre se movía en los alrededores del grado 7.

(6) Obra citada.

dentro del partido, se entrega a una frenética actividad, y del entonces recién terminado Segundo Congreso, datan algunas de sus obras, muchas de ellas escritas con carácter justificativo, en lo que siguiendo sería después una tradición habitual, atacará a sus oponentes con pretensiones más o menos científicas. De entonces datan los trabajos titulados «La Composición del Congreso», «Las contradicciones y los zigzags de Martov», y «Relato acerca del Segundo Congreso del P.O.S.D.R.» y hace que, en una característica muy suya, no se preocupe sólo del aspecto teórico y justificativo, sino del práctico, ya que al saber la próxima llegada a Rusia de unos agentes mencheviques, escriba textualmente: «Prepararse para una lucha larguísima, pero desesperada. Hay que ocupar obligatoriamente puestos con nuestros hombres en todos los comités, sin excepción». Presta una atención significativa a aquellos núcleos de centros industriales importantes, pero que se encontraban controlados por mencheviques tales como los de Jarkov, Ekaterinoslav, los del Don y los del Caúcaso, donde un hombre joven, José Visiáronovich Djugashvili, aún no conocido como Stalin, sino con el apodo revolucionario de «Koba», es uno de los dirigentes caucásianos, aunque no desempeña ningún papel de importancia trascendental.

Frente a Lenin, sus oponentes, entre ellos Trotsky, Martov, se perdían en un mar de contradicciones y discusiones internas, comunes a todo movimiento clandestino, dividiéndose a su vez en facciones, que se subdividían en otras facciones, todas acusándose de desviacionismo y de ausencia de marxismo en sus conclusiones —característica muy común en las oposiciones clandestinas, es ésta de llamarse unos a otros traidores y acusarse de desviación del pensamiento original—.

A pesar de formar parte del grupo directivo de *Iskra*, junto con el viejo pontífice y teórico Plejanov, se produce un distanciamiento entre éste y Lenin, quien se retira de *Iskra* para fundar un nuevo periódico en Ginebra, el titulado *Vperiod* («Adelante»). Mientras tanto, y desde su primera estancia en Munich, a finales de septiembre de 1904, Trotsky rompe con los mencheviques en la titulada «Carta abierta a los camaradas», publicada por *Iskra*, produciéndose unos ataques mutuos, feroces y llenos de los calificativos habituales entre Trotsky y Markov, que terminan con una conferencia celebrada

en Ginebra, en la cual se discutió la carta de Trotsky en presencia de éste (7). Trotsky, en una calma aparente, vuelve a escribir para *Iskra*, la primera vez que lo hace desde su anterior discusión con Plejanov, pero esta reconciliación sería sólo aparente, y siguiendo a Deutscher, podemos saber cómo la próxima revolución ahondaría las diferencias de Trotsky con los mencheviques hasta hacerlas mucho más grandes que anteriormente.

Por encima de los pretextos ideológicos, las luchas entre los hombres, los celos personales por ser figuras, son los que ahondan las diferencias, y aunque esto moleste terriblemente a los epígonos del sistema soviético, como vienen siéndolo los habituales escritores de la Editorial Progreso, de Moscú, empeñados en hacernos ver que las discusiones se debían solamente a la falta de carácter científico de los oponentes de Lenin, esto es un hecho cierto. Los ataques entre ellos aumentan de nivel desde los anteriores del Segundo Congreso y Trotsky, para explicar el viraje de Plejanov hacia los bolcheviques, le acusa de que es un juguete en manos de Lenin. Los procedimientos sucios son norma común también en ellos; Lenin escribe y manda una carta titulada «¿Por qué he salido de la redacción de *Iskra*?», pero los mencheviques se niegan a publicarla, viéndose obligado a realizar un folleto a las expensas de su grupo para demostrar cuáles habían sido sus intenciones (8). Anteriormente, la figura venerable por los marxistas del viejo Plejanov, había tenido una discusión fuerte con Lenin, ya que estaba sometido a la presión que sobre él ejercían sus antiguos compañeros, y sus intenciones de armonizar la política menchevique y la bolchevique, para que los antiguos miembros de *Iskra* volvieran al Consejo de Redacción, fue aceptada por Lenin, que, como antes hemos manifestado, dimitió de su puesto, motivando una feroz reacción menchevique, y definiendo, a su vez, Plejanov a Lenin como un autócrata, averiguando, o por lo menos descubriendo, algo de lo que serían características decisivas en la concepción que Lenin tenía del

(7) Acertadamente recoge Isaac Deutscher, el mejor biógrafo de Trotsky, «como de costumbre, los resentimientos personales, las simulaciones y las motivaciones políticas, estaban tan ligadas que resulta casi imposible desenrollarlos».

Partido, insistiendo Plejanov cómo las intenciones leninistas eran «transformar a los miembros del partido en ruedas de engranaje tuer-tas».

Resulta bastante exacta esta calificación sobre Lenin, y es que, a diferencia de los otros teóricos que se perdían en un mar de especulaciones, él siempre consideró cómo, para que el partido triunfase, sus militantes debían tener una dependencia total del mismo, y así imaginaba el partido como algo superior a los miembros que figu-raban en sus filas —un cuerpo orgánico con existencia independiente de la de sus miembros, con una ley en sí mismo, superior a cualquier otra autoridad. «El partido era para los bolcheviques el centro de su vida, que les guiaba y protegía, confería dignidad dentro de él y daba un sentido a su existencia. Creía que lo mismo podría hacer por toda la humanidad, por lo que vio en él una fuerza invencible, destinada a alcanzar en nombre de las masas lo que éstas eran incapaces de lograr» (9). La causa de que Lenin dimitiese en el Comité Central, fue la de que los mencheviques fuesen admitidos en el mismo, por lo menos algunos de ellos.

Parece que el triunfo bolchevique en el anterior Congreso no había servido de nada, pero es que nos encontramos con un proceso clásico de todas las oposiciones, cuando se dividen en el frente in-

(8) En octubre de 1904 el partido acordó que las publicaciones del P.O.S.D.R. se harían sólo cuando fuesen recomendadas «por las organizaciones del partido». Un hombre favorable a Lenin, V. Vorovski, en su folleto *El consejo del partido contra el partido*, destaca la labor antipartido de los mencheviques, que se negaban de hecho a editar las publicaciones bolcheviques en la imprenta del P.O.S.D.R. Pero esto, que tanto indigna a los comentaristas soviéticos sobre la maldad de los mencheviques, sería aplicado cuantas veces fuera necesario, siempre que los bolcheviques disfrutasen de los medios para poder hacerlo. Así, ocultando el mismo Lenin en el Congreso del partido celebrado en Estocolmo, como una vez que fracasa la revolución, habla clara-mente a Lunacharski que le pregunta que qué harían respecto a determinadas resoluciones si estuviesen en minoría, a lo que Lenin contesta: «no vamos a permitir que el principio de la unidad se nos convierta en una soga alrededor del cuello», y es que Lenin consideraba tan enemigos a los mencheviques como si fuesen los liberales o el mismo zarismo, y cuando las circunstancias eran favorables a él, hacía sentir su peso sobre los discrepantes.

(9) Enciclopedia de la URSS. Mc Closky & Turner.

terior y en el frente exterior en el que ambas coinciden para derribar al régimen contra el que se lucha, pero partiendo de una base y de realidades distintas. Los comités internos de Rusia apoyaban a Lenin y compartían sus principios, genéricamente conocidos como bolcheviques, pero el Comité Central estaba en el exterior y éste estaba totalmente preocupado por perder a hombres de tanta categoría como Martov y Plejanov, por lo que destituyó a Lenin de sus cargos de director de asuntos del exterior «prohibiéndole publicar nada sin su consentimiento, poniéndole así en una situación en que resultaba imposible exponer sus ideas y comunicarse con Rusia» (10). Es fácil comprender, dado el papel protagonista del líder de Lenin, y su visión profética del partido, y del futuro, su indignación al quedar reducido a un silencio total en el aspecto exterior. Pero al dimitir, sólo queda con veintidós seguidores, y no solamente se le discute en el aspecto meramente bolchevique o menchevique, sino que el descrédito contra él, se extiende en el campo socialista internacional, y así, resulta significativo que el, sin duda, primer teórico del marxismo, Karl Kautsky tome partido contra él, debiendo venir de entonces ese resentimiento de Lenin contra Kautsky, para que, so pretextos negativos, le atacase durísimamente en su obra *El renegado Kautsky*, en la cual se le califica de traidor al movimiento marxista. Pero no es solo Kautsky, sino que otra destacada figura como la alemana Rosa Luxemburgo, que había apoyado a Lenin contra los reformistas, toma postura a favor de los mencheviques.

Los mencheviques disponían de una organización controlada por ellos, como era la Liga de la Socialdemocracia Revolucionaria Rusa en el extranjero, aprovechándose de esta organización, para atacar a las resoluciones que les fueran adversas del Segundo Congreso. La mayor parte de la Liga estaba formada por intelectuales, desconectados de la labor y de las dificultades del partido en Rusia —otra vez las diferencias entre el frente interior y el exterior—, aprovechándose de que los estatutos del Segundo Congreso del partido reconocieron a la Liga los mismos derechos que a los comités del Partido en Rusia, utilizaron a la misma para atacar la influencia leninista.

(10) *Hacia la estación de Finlandia*, Edmund Wilson.

La Liga celebró un congreso del 13 al 18 de octubre de 1903 en Ginebra (11). Estaba compuesto de 42 miembros, de los cuales 22 eran mencheviques, 18 bolcheviques y 2 neutrales. En las discusiones puestas de relieve durante la celebración del congreso, podemos apreciar las tácticas que tanto resultado darían posteriormente al comunismo frente a enemigos exteriores: el aprovechar la letra de la ley cuando era necesario para su triunfo, y el espíritu de la misma cuando servía a sus fines. Sólo que esta vez las discusiones eran entre ellos, o por lo menos entre diferentes tendencias. Trotsky, siempre hábil estratega y de enorme actividad, rechaza la proposición bolchevique, dirigida por Lenin, de elegir una presidencia de congreso en la que tuvieran representación las distintas facciones, proponiendo que se eligiese una presidencia de tres personas sin distinción de partido, por lo que, contando con la mayoría de delegados, sabía que saldrían elegidos sus hombres. Trotsky, manifestó que en el congreso no se habían reunido una mayoría y una minoría, sino simplemente militantes de la Liga. «No debemos dividir por anticipado y artificialmente nuestro congreso» (12).

Los resultados del congreso de la Liga fueron totalmente favorables a los mencheviques. Trotsky, aprovechando su mayoría, jugó más hábilmente, o con más posibilidades, que Lenin, consiguiendo el

(11) Los bolcheviques intentaron, a través de Plejanov, con discusiones y contactos, evitar la escisión del partido, y así, Lenin, el 6 de octubre de 1903, se dirigió por escrito a Martov y a los exredactores de *Iskra*, incluido Trotsky, que a su vez mandó una copia de la carta a Axelrod, acusándoles de querer manejar el partido como si fuera una sociedad secreta, cosa que indigna a los comentaristas apologeticos de Lenin, que, a su vez, ignoran intencionadamente que Lenin exigía siempre un elitismo para pertenecer al partido, y cómo cuando Lenin, después de su regreso a San Petersburgo en los primeros días de noviembre, se entera de que el hombre fuerte del soviet de San Petersburgo es Trotsky, dice a Lunacharsky: «bueno, Trotsky se ha ganado eso con su trabajo excelente e infatigable». Todo esto, de forma sistemática, se ignora siempre por los libros escritos en la Unión Soviética, relativos a la historia del partido bolchevique, llegándose a situaciones tan grotescas como la de que el pretendidamente máximo teórico del comunismo actual y hombre clave de la Unión Soviética, Mijail Suslov, acuse a Trotsky de «¡desviacionista pequeño-burgués!».

(12) I. Lalayants: *Los orígenes del bolchevismo*.

triumfo de sus tesis, lo que suscitó el enojo y el enfado de Lenin, que, como podemos ver en sus Obras Completas, calificó al Congreso de la Liga como «apogeo de las actividades de la oposición contra los organismos centrales».

Al ser Lenin privado del derecho de escribir en *Iskra* y de publicar nada sin el consentimiento del Comité Central, trabajó infatigablemente para mantener el contacto con las organizaciones del Partido por medio de escritos periódicos, que hoy día se conocen como cartas y que en ocasiones llegaron a alcanzar la enorme cifra de ¡300 al mes! Al llegar a aquella época, la influencia menchevique en el Comité Central fue creciendo, y un antiguo hombre de Lenin, Noskov, sostuvo conversaciones con los mencheviques, haciendo que el Comité Central tomase unas posturas parecidas a la de ellos. Lenin, exasperado, el 10 de diciembre de 1903, envía una carta a los miembros del Comité Central en la que urge a convocar el Congreso, el III Congreso, como única salvación del partido frente a la situación de división en la que se encontraba. Pero el Comité Central, y antes el Consejo del Partido, con predominio menchevique, rechaza en enero de 1904 la convocatoria del Congreso, viéndose obligado Lenin, ante la animadversión del Consejo, a concentrar todos sus esfuerzos en convencer al Comité Central. Data de entonces su libro *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escrito en mayo de 1904, dirigido fundamentalmente, más que como base teórica, a dar la réplica a los mencheviques. La mencionada obra, está llena de argumentaciones —que podrían ser contrarrestadas con terminología parecida por Trotsky— de que el menchevismo era una corriente oportunista. Los 22 seguidores bolcheviques de Lenin, como hemos visto anteriormente, celebran en Ginebra una conferencia, en realidad sólo cuenta con estos 22 miembros, y que adopta como misión principal el conseguir urgentemente la convocatoria del III Congreso.

Lenin publica un llamamiento titulado «Al Partido», en el que urge la necesidad inmediata de convocar el III Congreso. En agosto de 1904, se funda la editorial titulada «Bonch-Bruevich y Lenin» de publicaciones del partido socialdemócrata, editorial fundada primordialmente para la difusión de los ataques de los bolcheviques contra los mencheviques y la labor considerada por ellos como escisionista.

En diciembre de 1904, surge el periódico al que antes nos hemos referido, titulado *Vperiod* («Adelante»), de cuyo Consejo de redacción, inspirado por Lenin, formaban parte Vorovski, Olmeinski y Lunacharsky, como bolcheviques más destacados y proclives a la labor publicista, encargándose de la Secretaría de Redacción la mujer de Lenin, Nadezhda Krupskaya, tomando Lenin un impulso decidido en pro del ataque con menoscabo de la defensa. Sin embargo, hay que reconocer que Trotsky, con visión de futuro, anticipándose a Lenin, y contra la teoría leninista de que la revolución sería burguesa en su aspecto externo, y considerando como reaccionaria la idea de saltar el período capitalista para pasar directamente al período proletario, Trotsky afirmó: «La revolución rusa creará condiciones tales que el poder pueda pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués puedan demostrar su genio como estadistas. La burguesía rusa entregará todas las posiciones revolucionarias del proletariado. Tendrán también que entregar la hegemonía revolucionaria sobre el campesino. El proletariado en el poder irá al campesino como liberador de clase. Por ello, la revolución, que comenzará como levantamiento burgués, pasará necesariamente a la dictadura del proletariado, colocando las tareas socialistas en el orden del día» (13).

Aquí aparece por primera vez la teoría de Trotsky sobre la revolución permanente, ya que, según él, una revolución en Rusia sería el paso definitivo para una revolución a escala mundial. Si ésto posteriormente quedó demostrado como utópico, es cierto que su visión de la revolución rusa es más acertada y acorde con lo que sería el futuro que la del mismo Lenin, ya que la revolución rusa saltaría la etapa de revolución liberal burguesa para pasar a la revolución proletaria, y no nos engañemos con sofismas tales como tratan de hacernos ver determinados autores, pues Lenin, en 1905, dijo: «La idea de buscar la salvación de la clase trabajadora evitando el posterior desarrollo del capitalismo, es reaccionaria» (14). La inteligencia de Lenin

(13) León Trotsky: *Stalin. La revolución permanente*.

(14) Lenin: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*.

sabía que no había que aferrarse a una idea, aunque ésta procediese del mismo Marx, sino que la adaptaba para su aplicación, y si vemos los escritos de 1917, una vez triunfante ya la revolución bolchevique, observamos cómo trata de justificar el salto de la etapa revolucionaria a la dictadura del proletariado sin pasar por la transición liberal-burguesa. Por tanto, es lógico que Trotsky, una vez aprovechada para sus fines la fuerza menchevique, se separase de ellos, ya que estaban muy identificados con la teoría marxista tradicional de cómo en Rusia, dado su escaso desarrollo industrial, y la enorme población campesina, sería difícil el triunfo de una revolución proletaria. Los mencheviques recelaban de la toma rápida del poder por el proletariado, ya que consideraban que no tendrían fuerzas suficientes para mantener esta situación de privilegio, y que debían apoyar la revolución burguesa en tanto no tuviesen una mayoría firme.

En una ortodoxia marxista, su postura era acertada y fiel con las teorías de Marx, pues sería el ver cómo las revoluciones socialistas se realizarían siempre en los países más avanzados inicialmente, tal como erróneamente, según vemos por los resultados posteriores, profetizó Marx. De seguir a Marx al pie de la letra, los ortodoxos seguidores del marxismo habrían quedado reducidos posteriormente al fracaso, por seguir fielmente las teorías de quienes les inspiraban, mientras que Trotsky, y después Lenin, triunfaron gracias a olvidar lo que los marxistas debían a Marx en seguir fielmente su doctrina, en proceder a una más sutil interpretación de la misma acoplándolas a las teorías de cada momento, a considerar el marxismo como lo que es, como una guía o una doctrina para la acción, pero no como una verdad revelada que debía seguirse fielmente en cada momento. En nuestra opinión, este fue el éxito de la visión de Trotsky, y después de Lenin.

Tal como hemos visto, el papel de los bolcheviques perdidos en discusiones y en luchas teóricas, no era precisamente el más apropiado para establecer una influencia decisiva en la revolución que se acercaba, revolución en la que desempeñaría un papel importante por el ingenio de sus agentes, pero nunca por la fuerza ni por la estructura del partido; podemos situar su fuerza a un nivel igual e incluso inferior al de los liberales y al de los socialrevolucionarios. ¿Cuál era

en esas fechas la situación de los líderes?: Kamenev, en el verano de 1904, considerado entonces como el lugarteniente de Lenin, había sido liberado de una cárcel moscovita, encontrándose en Tiflis, en el Caucaso. Stalin, aún conocido como Koba, ya hemos visto cómo desempeñaba un papel en la organización del partido en el Caucaso, papel significativo a nivel provincial, pero de poco relieve todavía a nivel bolchevique en general. Otros dirigentes, de importancia superior, como el menchevique Martov, desempeñaban un papel de ideólogos, pero no de hombres de acción.

Lenin vivía en Ginebra con su mujer, la Krupskaja, sujeto a grandes dificultades económicas, al igual que la mayoría de los revolucionarios en el exilio. El panorama era bastante oscuro para los bolcheviques perdidos en esa intrincada red de discusiones internas, que cuando no se tiene el poder no sirve absolutamente de nada, y que vemos hoy en día trasladadas a nuestra época en algunas organizaciones comunistas existentes en nuestra patria, escindidas en sectas, organizaciones, fracciones, etc., pretendiendo defender todas el purismo ortodoxo e intransigente, aplicado a las circunstancias, y acusando de traición, desviacionismo y oportunismo a todos los que no piensen como el grupúsculo que escribe en ese momento. En resumen, poco, muy poco para hacer frente a la autocracia zarista que, aunque debilitada por cuestiones internas, por las luchas e intrigas de las diferentes camarillas, podía tener aún la suficiente fuerza para contrarrestar un movimiento revolucionario.

III. La represión

Brevemente tocaremos el tema de la defensa de la sociedad o de la clase dominante ligada al zarismo, frente a los intentos revolucionarios. Más peligrosos que éstos para la defensa del zarismo, eran las crecientes ambiciones de liberalización política y la fuerza sucesiva que iban exhibiendo la burguesía y la alta burguesía, así como las profesiones liberales con sus deseos de una mayor apertura frente al concepto tradicional del zarismo ruso. Pero, los mecanismos de defensa del sistema imperial, que estaban muy bien concebidos, no

eran tan prácticos ni tan absolutos ni tan dominantes como se nos ha querido hacer ver después; desde luego, comparados con los ejercidos por la política soviética, resultan prácticamente infantiles en la represión de los mismos. La defensa del sistema presenta unas particularidades y características que la hacen particularmente notable, no sólo en el aspecto represivo, sino en una idea mucho más ingeniosa que la de la simple represión, y que sería comparable a lo que, en el concepto de fines del siglo xx, se conoce como guerra psicológica.

En 1901, el jefe de la policía de Moscú, Zubatov, desarrolló lo que sería un prolegómeno de la lucha antirrevolucionaria con conceptos originales y que superaban el de la mera represión. Zubatov quería crear un movimiento obrero dentro de las características del sistema, separando la actividad meramente reivindicativa y justa de las condiciones de vida de los trabajadores, de las actividades revolucionarias, ya que éstas encontraban en las lógicas legítimas aspiraciones de los trabajadores, en sus condiciones de vida difíciles, un fermento y un caldo de cultivo idóneos para el desarrollo de la revolución.

Zubatov, de esta forma, desarrolló una idea imbuida de temas sociales, de la que le fue difícil su aceptación por las estructuras clásicas del poder, tan reacias siempre a buscar innovaciones, tal como vemos siempre en el desarrollo de la lucha antirrevolucionaria, y es que a la revolución se la debe combatir siempre con imaginación, pero confiar únicamente en la represión, por muy fuerte y bien organizada que esté, conducirá inevitablemente a su fracaso.

Las ideas de Zubatov eran bien claras: si se lograban las legítimas y justas aspiraciones de los trabajadores, separándoles del contexto revolucionario, la revolución vendría a ahogarse y a convertirse en minoría cada vez más exigua. En la interesante obra de Lionel Kochan, *Rusia en revolución* (15), y a pesar de su inequívoca parcia-

(15) Del escritor inglés Lionel Kochan, aún adoleciendo de una evidente parcialidad izquierdista, puesta de manifiesto en cuanto adopta juicios personales, sin embargo, mereció repulsa de los historiadores soviéticos como V. Griñko, que se desesperan en cuanto trata de reconocerse cómo la teoría trotskista de la revolución permanente anticiparía la táctica de Lenin en 1917. Muy especialmente el que considerase Trotsky que en Rusia podía saltarse del

lidad en pro de los revolucionarios, se señalan datos de interés, como el de que, ya en 1884, un inteligente capitán de la policía fue el precursor de estas ideas de Zubatov. El referido capitán, según se relata en la obra de A. Balkraeva titulada *El movimiento de los trabajadores en Rusia, 1875-1885*, fue el que por primera vez quiso impulsar a sus superiores a distribuir entre el movimiento trabajador, libros preparados y sometidos convenientemente a una orientación, pero que explicasen «de forma concisa y popular las bases de la economía política», así como emplear a la Iglesia para la enseñanza de la moral cristiana. El escritor soviético I. Tatarov, en obra citada por el mismo Kochan, pone en boca del jefe de la policía de fin del siglo XIX y principios del actual, el general Trepov, la siguiente explicación: «Si las menores necesidades y peticiones de los obreros son explotadas por los revolucionarios con fines profundamente anti-gubernamentales, ¿por qué no va el gobierno a arrebatarse a los re-

Estado autocrático y feudal al de la revolución socialista, hemos visto cómo sin pasar primero por la revolución burguesa, ya que el mismo Lenin dijo en 1905, en su obra titulada *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*: «La idea de buscar la salvación de la clase trabajadora evitando el posterior desarrollo del capitalismo es reaccionaria». Esto está escrito, guste o no guste a los historiadores como Griñko. También calificó de absurda y de tendencias anarquizantes la teoría de Parvus y de Trotsky de que la revolución burguesa sería transformada en Rusia directamente en dictadura del proletariado. Y en la misma obra vuelve a decir Lenin: «cualquiera que desee llegar al socialismo por una vía diferente de la democracia política, llegará inevitablemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en sentido político como en el económico». Lenin, no obstante, cuando vio la extensión adquirida por el movimiento revolucionario, y la influencia del soviét, diría, en septiembre de 1905: «estamos a favor de una revolución ininterrumpida, no nos detendremos a mitad de camino». En cuanto a la acusación de otros historiadores soviéticos, como Shaumian, que, procuran en cuantas ocasiones pueden, acusar a Trotsky de unido a los mencheviques, concretamente durante la primera revolución de 1905, silencian que la desconfianza de los bolcheviques hacia él era enorme, como se ve en la carta escrita por Martov a Axelrod, desconfiando de las ideas de Trotsky en 1905 y su posición revolucionaria.

Por otra parte, no ha sido Kochan el primero en sostener cómo Lenin adoptaría después de este cambio en sus primitivas ideas, ya que antes de Kochan lo ha sostenido Deutscher, y otros autores como Mc. Klosky y Turner, y Shapiro.

volucionarios este arma que tan buenos resultados les proporciona... y asegurar el cumplimiento de la tarea?... La policía tiene que estar interesada en las mismas cosas que los revolucionarios».

Las ideas de aquel capitán de la policía, del general Trepov y del coronel Zubatov representan, creo que por primera vez en la historia moderna, una nueva forma de la lucha antirrevolucionaria sumamente distinta de la meramente represiva, como viene siendo el error de muchos sistemas políticos teóricamente anticomunistas en la actualidad, que lo confían todo a la represión, sin estudiar verdaderamente la lucha imaginativa, que es la única que puede vencer y desbordar a la revolución, y dejarla reducida a una expresión pequeña, pero nunca de dimensiones suficientes para asegurar su triunfo. Las ideas del coronel Zubatov desataron en los revolucionarios un verdadero pavor, y siguiendo con la misma obra de *Rusia en revolución*, que a su vez recoge unos textos del escritor Zaslavski: «Zubatov y Marya Vilbushevich», que pone en boca de Zubatov la siguiente frase: «Semejante política deja al estado mayor revolucionario sin ejército, y la lucha contra el gobierno se hace prácticamente imposible» y «si se adoptaba el programa por él previsto, los beneficios serían enormes sin concesión política alguna de principio, y la revolución sufriría un revés mucho mayor que el que pudiera ocasionarle la más violenta represión». Lamentablemente, se carece hoy día de una labor investigadora de estos temas en profundidad, y de lo que podía haber supuesto si las ideas de Zubatov hubiesen tenido comprensión en la lucha antirepresiva.

Todo el imperio, particularmente sus provincias occidentales, fueron trabajadas por la acción de Zubatov, y muy curiosamente en una actuación policíaca contra la Unión General Socialdemócrata, asociación democrática de trabajadores judíos (BUND) (16), logró captar para los objetivos policíacos un equipo de propagandistas judíos, que cuando volvieron a sus respectivos centros de trabajo, fueron convencidos y esforzados defensores de abandonar los fines revolucionarios, y explicar cómo los obreros deberían concentrarse en sus fines

(16) 1903, un año decisivo en la historia del comunismo, por Angel Maestro.

meramente reivindicativos, a fin de no ser manejados por nadie. A su vez, junto con una organización de clases nocturnas, empezó a causar grandes daños a los movimientos revolucionarios.

Zubatov siguió con sus actividades en Moscú, y no solamente allí, sino en centros industriales como Kiev, Minsk, Jarkov, Odesa, Rostof y Nijni-Novgorod. Tocaba numerosos centros de trabajo, como altos hornos, fábricas de tabaco e importantes depósitos ferroviarios (17). Las ideas de Zubatov fueron creciendo, adquiriendo una amplia difusión en todos esos importantísimos centros fabriles, pero, como ocurre tantísimas veces, la miope visión de políticos y, en este caso, de los industriales, hicieron desbaratar los planes de Zubatov, quien, a su vez, había llegado a causar alarma en los inversionistas extranjeros. El primer ministro liberal Witte, llevado de las clásicas ideas de la libre contratación entre capital y trabajo, y de las ideas que hoy día tanto se nos repiten de una sociedad de mercado, con ceguera absoluta, al igual que los liberales políticos de la época —parece que estuviésemos viendo situaciones parecidas a la España actual— considerando que el mercado regularía por sí mismo esas relaciones, suprimió la obra de Zubatov, destruyendo de esta forma el experimento más ingenioso, no sólo desde la perspectiva de mejora de los trabajadores por sí mismos y su perfeccionamiento fuera de las actividades revolucionarias, sino la más eficaz forma de lucha antirrevolucionaria, superando enormemente a esa mera represión a que antes nos hemos referido, y cuyos efectos vienen siendo siempre negativos.

Refiriéndose a la defensa clásica del Estado, y a la represión sin más ni más, y siguiendo la interesante obra de A. P. Wassiliev *Ojrana*, podemos afirmar que la policía política rusa, la *Ojrana* había llegado a un alto grado de perfeccionamiento en la lucha antisubversiva. A grandes rasgos, el servicio policiaco estaba dividido en dos grandes departamentos: el primero, la Agencia Exterior, consistente en la vi-

(17). Los ferrocarriles rusos constituían la principal industria de la nación, pues su colosal expansión desde el último tercio del siglo XIX, había hecho disponer de un gran parque de 11.800 locomotoras, o 12.000, según otros autores, y un enorme número de coches de viajeros y vagones de mercancías, que mantenían una industria en torno a sí misma, dando ocupación a unos 400.000 obreros ferroviarios.

gilancia de los sospechosos por los distintos confidentes, más bien colaboradores, que se titulaban «agentes del Servicio Exterior», los cuales seguían a todas las personas sospechosas en todas partes, incluso en sus desplazamientos, obteniéndose así una gran amplitud de datos de las relaciones que desarrollaban estos individuos. Según Wasiliev, estos agentes exteriores actuaban disfrazados de porteros, oficiales, empleados de ferrocarriles, vendedores, etc., adquiriendo una gran habilidad en la vigilancia de todos los sospechosos. Mucho más importante todavía era la llamada Agencia Interior, a través de la cual la *Ojrana* sabía, por su infiltración en todas las organizaciones y movimientos revolucionarios, los conflictos interiores, las conspiraciones, y estaban al corriente de casi toda la actividad subversiva. Al confrontar los datos de la Agencia Exterior con los facilitados por la Agencia Interior, las autoridades policíacas disponían de una información excepcional para corroborar las sospechas o encaminar sus pasos en las direcciones adecuadas.

Resulta sumamente curioso el que la infiltración dentro de los revolucionarios llegase al partido bolchevique. Durante los años de 1902 a 1905 la *Ojrana* llegó a editar una verdadera revista de publicación quincenal, la cual, en ejemplares cuidadosamente numerados, se enviaba a todos los jefes locales de la policía, con un resumen de los informes de las agencias Interior y Exterior, siempre, naturalmente, guardando en absoluto secreto el nombre de los colaboradores. A su vez, y por curiosidad, citaremos una publicación de la que se hacía un solo ejemplar, en la cual la *Ojrana* presentaba al Zar quincenalmente un informe superreservado, con las noticias de máximo interés, y Nicolás II, solía de su puño y letra anotar al margen las observaciones más pertinentes. Esto demuestra el alto grado de preparación de la *Ojrana*, pues parece, salvando las debidas distancias en el tiempo, el informe que el Servicio de Inteligencia de los Estados Unidos, entrega a diario al presidente de la nación.

Pero la *Ojrana*, y especialmente en la época del primer ministro Witte, con su característica visión liberal y utópica, que, sin embargo, le hizo ser tan odiado por los revolucionarios como el «reaccionario» Stolpyn, se vio sujeta a una serie de trabas, pretendidamente defensoras de la libertad de los ciudadanos, que la ataban y encadenaban

totalmente, pues los ataques de la prensa liberal eran grandes contra ella —esto demuestra cómo la sociedad rusa de aquellos años no estaba sujeta, ni mucho menos, a un régimen tan riguroso que impidiese el uso de la crítica públicamente—, cuando la propaganda nos presenta la sociedad rusa de esa época con el «sumun» de la tiranía, y esto ha sido acogido así en los países occidentales, por ignorancia y desconocimiento del sistema. Cuántas veces la *Ojrana* no se atrevía a tomar actividades verdaderamente decididas, por miedo al impacto en la opinión pública. Y es que, como bien dice el mencionado Wassiliev: «en un delito criminal, como un asesinato o un robo, las autoridades, por regla general, no entran en acción hasta después de haberse perpetrado aquél. La policía, basándose en las huellas encontradas, declaración de testigos y en todos los demás medios de la técnica criminalista, tiene por misión descubrir al delincuente, detenerle y entregarle a los tribunales para su enjuiciamiento. Las cosas son muy distintas cuando se trata de delitos políticos, preparados por grupos conspiradores. Aquí no debe limitarse la autoridad del Estado a castigar a los culpables después de perpetrado el hecho, sino más bien procurar interponerse a tiempo en su peligrosa obra, antes de que puedan realizar sus criminales proyectos» (18).

Como hemos podido ver, el régimen zarista, a pesar de su autocracia, carecía de un objetivo bien claro hacia el cual debería haber estado dispuesto a sacrificar cuanto fuese necesario, a diferencia de regímenes como el bolchevique o el nazi, ya que, por un lado, estaba dispuesto a aplastar a los insurrectos, pero, por otra parte, carecía de una firme y decidida voluntad de defensa que le hiciese ignorar formalismos en la lucha anticonspirativa, pues la misma *Ojrana*, se veía tan sumamente limitada en su actuación, que se dificultaba enormemente su labor anticonspiratoria, y también hemos podido ver cómo la idea ingeniosa y práctica de Zubatov fue arrinconada para quedar solamente en la represión externa.

De todas formas, y a pesar de las ataduras legales, en general, la *Ojrana* tenía sumamente controladas a las organizaciones revolucionarias, limitando el número de atentados a lo que lógicamente se es-

(18) A. T. Wassiliev: *Ojrana*.

capaba de sus mallias, pero, a pesar de los grandes atentados como los del primer ministro Stolpyn, posteriormente, y anteriormente el Gran Duque Alexandrovich, nos afirmamos en la opinión, tantas veces expuesta, de que nunca los movimientos revolucionarios habían tenido la fuerza suficiente para conseguir la caída del sistema sin el decidido apoyo de circunstancias exteriores, como fueron las grandes guerras, primero con los japoneses y luego con los alemanes.

IV. La explosión

El cúmulo de circunstancias internas, descontento social, huelgas, crecientes atentados, habían llevado al país a una cierta conmoción, muy particularmente en los centros ciudadanos, y hacían que algunas personas, como el después asesinado ministro del Interior Plehwe, se dirigiesen al ministro de la guerra, el general Koropatkin, con la siguiente frase: «usted desconoce la situación interna de Rusia para frenar la revolución, necesitamos una pequeña victoria militar». Así Plehwe era, en un principio, uno de los más destacados impulsores de la guerra con el Japón, como solucionadora de los conflictos internos, creyendo ver en esa guerra exterior la solución a las dificultades internas rusas, pensando que el patriotismo fiel y resistente del buen pueblo ruso, se vería unido frente a la amenaza exterior de esa nueva potencia que en el curso de la revolución Meiji, había pasado desde la visita de la escuadra del comodoro Perry a Tokio a mediados del siglo XIX, de una población y de un país meramente agrícola y primario a una verdadera potencia industrial.

La marina y el ejército japonés crecían formidablemente y buscaban para su imperio la expansión en los inmensos territorios de Asia Oriental que Rusia tenía prácticamente abandonados en extensiones muy considerables. El mismo Plehwe, junto con el ministro Kuropatkin, así como el ministro de justicia Muraciew, habían cambiado su posición anterior, ya que consideraban que lo que podría ser interesante como escaramuzas que diesen algunas victorias sonadas a las fuerzas rusas, llevaba camino de convertirse en una guerra sangrienta con su terrible exigencia en vidas y en materiales, por lo

que, conscientes de esto, cambiaron su postura y eran opuestos a la guerra, en contra de la postura sostenida con entusiasmo meses antes, si se hubiese tratado de un conflicto limitado a algunas zonas. Por otra parte, la guerra con el Japón era un enorme problema: estaban a seis mil kilómetros del frente los principales centros de aprovisionamiento, mientras que el Japón tenía cerca todos esos centros. Puso de relieve la mala situación de Rusia para una guerra de grandes dimensiones, la lentitud y el desorden que frustraban la valentía de los soldados y la habilidad de sus almirantes y generales. Los buques soviéticos no alcanzaban la velocidad contratada cuando se construyeron, ya que ni siquiera en las pruebas desarrollaban esa velocidad. Sus calderas funcionaban mal y defectuosamente, el carbón era escaso y de mala calidad, los cascos de los buques no estaban sometidos a las limpiezas de carenas que hubieran sido necesarias —algo que recuerda, por su desastre y por su imprevisión, frente a los sacrificios humanos, el 98 español—.

Por otra parte, la dirección de la guerra estaba encomendada de forma muy poco precisa a tres organismos celosos de poder entre ellos, y que, con sus interferencias, obstruían y dificultaban la marcha de la guerra: el Ministerio de Marina, el Ministerio de la Guerra y el Virreinato del Pacífico, ejercido por el Almirante Alexeieff (19).

La derrota del Yalú (el 18 de abril de 1904), la muerte a consecuencias accidentales de una mina, que provocó el hundimiento del barco insignia donde viajaba el almirante Makaroff, quien había levantado la moral de las tropas rusas, y la caída de Puerto Arturo (el 10 de diciembre de 1904), el desastre terrestre de Mukden (febrero de 1905) y, por último y definitivamente, el desastre naval de Tsushima, en la que la escuadra del Báltico, al mando del almirante Rojjevski, en una horrible y penosísima navegación desde San Petersburgo a las costas orientales asiáticas, con las tripulaciones agotadas y exhaustas y los barcos en un estado sumamente deficiente después

(19) Sobre los sacrificios y el heroísmo de los marinos y soldados rusos y sus penalidades, y esa comparación inevitable con los desastres de Cuba y de Cavite, resulta interesantísima la obra del teniente de navío Semenov, titulada *La agonía de Puerto Arturo*.

de tan largo viaje, resultó aplastada por las unidades llenas de alta moral de victoria, y cerca de sus bases, del almirante Togo, fueron un golpe definitivo.

Si tuviésemos que fijar una fecha para el comienzo de la revolución, al igual que la caída de Constantinopla o la toma de la Bastilla, ésta fue la de la jornada del 9 de enero de 1905, el 22 de enero si siguiésemos el actual calendario —pues es sabido que el desfase del calendario ruso con el occidental era en aquella época de 13 días—, la revolución de octubre puede observarse cómo hoy en día se celebra en noviembre, debido a ese retraso del calendario. Pues bien, el 9 de enero de 1905, según el calendario ruso, o el 22, según el calendario occidental, es la fecha señalada en la historia como el «Domingo sangriento». Ese día San Petersburgo vio pasar por sus calles la mayor manifestación, hasta entonces, de su historia, con cifras que oscilan entre cien mil y doscientos mil manifestantes, según las distintas fuentes, y que se encaminó hacia el Palacio de Invierno. Dirigía la manifestación el sacerdote Gíorgei Capone, misterioso personaje sobre el que se han escrito gran cantidad de obras, y sujeto a las más diversas interpretaciones.

Gapone contaba, a la sazón, con treinta y cinco años, hijo de una familia campesina de la provincia de Poltava. Por sus aficiones revolucionarias, desde joven había sido impedido su acceso a la universidad, ingresando en su lugar en el centro de estudios de teología de San Petersburgo, simultaneando los trabajos eclesiásticos con labores de misionero entre los pobres y como capellán en un centro de deportados de San Petersburgo. Gapone era un hombre con enorme influencia en los círculos de trabajadores, dotado de una presencia atractiva, y con un sentido de la oratoria que influía enormemente en los medios trabajadores, ya que hasta el mismo Lenin, que condenaba en él sus aspectos religiosos, se sentía atraído por la forma en que el pope Gapone movía las masas y las influenciaba.

De Gapone parece casi cierto que había sido manipulado por la *Ofrana*, que vio en él una especie de continuador del coronel Zubatov, procurando que los trabajadores estuviesen atentos a sus reivindicaciones, a sus justas reivindicaciones económicas y sociales, pero apartadas del fermento revolucionario. Con autorización de la

Ojrana forma, en febrero de 1904, la «Sociedad rusa de Obreros de Fábricas y Empresas», que llega a adquirir una enorme difusión y fuerza en San Petersburgo, con una organización estructural de once secciones, con representantes en la mayor parte de las grandes empresas, incluso en los ferrocarriles y en los famosos talleres Putilov, calculándose, según las diferentes fuentes, una cifra de afiliados entre dos mil y ocho mil, según los diferentes autores, lo que da idea de su verdadera fuerza, al contar con tal número de afiliados, pues los comités locales menchevique y bolchevique de San Petersburgo, en aquella época, contaban en total con unos quinientos miembros. Todo esto hizo que el pope fuera un hombre solicitadísimo por las tres grandes fuerzas a las que nos hemos referido: los socialrevolucionarios, los socialdemócratas y los liberales. Su colaboración se había convertido en imprescindible para cualquier movimiento de masas. No está claro, sin embargo, cómo Gapone, si era hombre dependiente de la *Ojrana*, pudo tener una actuación como la que le llevó a encabezar la manifestación del «Domingo sangriento». A veces, a la *Ojrana* le ocurrían casos totalmente incontrolados, que se volvían en contra de las primitivas intenciones, tales como el famoso caso Asew (20).

El pope Gapone consideró que la situación estaba madura, con

(20) El caso Asew ha sido uno de los más famosos en la historia de los revolucionarios. Asew fue un hombre que surgió por primera vez en Rusia en 1900, después de haber vivido con anterioridad en el extranjero, donde había entrado en relaciones con Ratschkowski, jefe del servicio exterior de la policía, quien desconfió y rompió el trato con él. Pero en Rusia entró en contacto con el director de la *Ojrana* de Moscú, a la vez que adquiría una gran importancia en el aparato directivo del partido socialrevolucionario, del que llegó a ser elegido miembro del Comité Central, por lo que fue un elemento clave para proporcionar a la policía datos sobre las actividades y actos terroristas socialrevolucionarios. Pero seguía un doble juego, pues a la vez que recibía dinero de la policía, organizaba, por otra parte, atentados sin comunicarlos a las autoridades policiales, habiendo aquí una negligencia por parte de la dirección de la *Ojrana* de la época, ya que llegó al punto de intervenir activamente en el asesinato del ministro del interior Plewhe y en el del Gran Duque Sergio Alexandrovich, originando que, a pesar de ser muy amigo del primer ministro Stolpyn, fuese destituido y condenado a Siberia el director de la policía, A. Lopuchin.

motivo del despido injustificado de cuatro obreros de los talleres Putilov, procurando llegar a una solución pacífica de las mismas, de estos despidos, ante el inspector de las fábricas y ante el gobernador general de San Petersburgo, y al fracasar sus mediaciones, logró realizar una huelga en los talleres Putilov, con gran éxito, pues consiguió una huelga total en dichos talleres. Como tantas veces ocurre, lo que al principio era una simple huelga, se convirtió en la petición de una convocatoria inmediata de una asamblea constituyente, así como el fin de la guerra con el Japón y una amnistía total. Con enorme rapidez se extendió por todo San Petersburgo, y el 5 de enero habían dejado de trabajar casi 30.000 obreros, llegando el día 8 a unos 112.000. El gobernador de San Petersburgo, Trepov, alarmado ante la situación, hizo traer tropas de diferentes unidades repartidas por el imperio, entre ellas varios regimientos de la guardia (21). Gapone consideró que para salvar la enorme burocracia de la sociedad rusa no había más remedio que dirigirse directamente al poderoso soberano, por lo cual redactó una petición al Zar, utópica, irrealizable y llena de contradicciones, en la que, junto a peticiones justas, denunciando el deficiente estado de la clase trabajadora, se hacían alegorías religiosas, consideraciones políticas que hacían que resultase un texto de gran incongruencia y, desde luego, un cúmulo de peticiones totalmente irrealizables.

Gapone, con un gran sentido de la propaganda, los días anteriores arengó a los huelguistas, exponiéndoles la necesidad de la petición al Zar como única persona que podría resolver sus problemas, pero, cuando los más sensatos y consecuentes le preguntaban que qué pasaría si el Zar no hacía caso, Gapone respondió que para ellos entonces, en ese caso, el Zar dejaría de existir. Gapone informó de la

(21) Los regimientos de la Guardia corresponden a una nomenclatura que se observa en cualquier estudio, no sólo de la revolución rusa de 1905 y de la de 1917, sino que esta nomenclatura fue conservada y es en la actualidad mantenida por los soviéticos. Son unidades que no significan por su propio nombre que pertenezcan a una guardia especial, sino que basándose en una antigua tradición rusa, son unidades seleccionadas del ejército; por ejemplo, a una división se le puede denominar la División 211 de la Guardia, lo cual significa que está incluida dentro de esa categoría de tropas especiales.

convocatoria de la manifestación al ministro del Interior y al mismo Zar, haciendo hincapié en su carácter pacífico y desprovisto de violencia, sin recibir petición ninguna. El subsecretario del Interior ordenó su detención. Pero, la personalidad del pope Gapone se pone una vez más de manifiesto, recuerda a estas personas tan corrientes en la vida actual que, bajo pretextos de la no violencia, llevan implícitas en sí una forma especial de violencia, bastante más peligrosa que la habitual, pues, disfrazados de ese pacifismo, provocan situaciones tales que muchas veces resulta imposible evitar el empleo de la fuerza contra ellos. Una multitud llevando iconos y retratos de Nicolás II avanzó hacia el Palacio de Invierno, donde no se encontraba el Emperador, ya que había acudido a su residencia habitual de Tsarskoie Selo. El grueso de la manifestación estaba dividido en dos grupos: uno de ellos con Gapone al frente, y el otro bajo la dirección de Rutemberg, socialista revolucionario. La masa de manifestantes, al acercarse a la puerta de Narva, se encontró enfrente a unas unidades de infantería, precedidas de unos escuadrones de caballería. Sin previo aviso, según parece, las unidades de caballería, en su mayor parte pertenecientes a escogidos escuadrones cosacos, cargaron contra la multitud.

Después, la infantería disparó descarga tras descarga, ocasionando numerosos muertos y heridos. Parece ser que la orden de abrir fuego partió del príncipe Vasilchijov, comandante en jefe de una de las divisiones de la Guardia. El embajador británico relata, por encontrarse muy cerca del puente Teroitzk, cómo se produjo la carga de la caballería y las subsiguientes descargas de infantería (22). Las

(22) Aparte de la descripción del embajador inglés, existen también otras descripciones de otros observadores ingleses como H. Williams; siempre que se produce un acontecimiento, curiosamente aparecen observadores ingleses, resultando ya extraño el notar su presencia en cualquier suceso de la vida rusa. Cuando el 4 de febrero el Gran Duque Sergio Alexandrovich, tío del emperador y gobernador general de Moscú, es asesinado, da la casualidad de que el corresponsal del *Times*, que se dirigía a la estación de Varsovia a esperar a un conocido suyo que llegaba a Rusia, presencia perfectamente el asesinato del Gran Duque por una bomba arrojada por un socialrevolucionario. Puede ser casualidad, pero siempre que se producen acontecimientos hay algún observador inglés. Más tarde podremos ver lo mismo, en 1917 hay observa-

descargas de la infantería, y la carga de la caballería contra la multitud, fueron las señales que desataron el comienzo de la revolución. En todo el territorio ruso estalló un enorme número de huelgas, manifestaciones, disturbios, y en San Petersburgo se levantaron numerosas barricadas, asaltándose, además, numerosas armerías para hacer frente a las tropas. La violencia se extendió especialmente a las zonas fronterizas, como Polonia, las provincias bálticas y Finlandia. El ejército y la marina se vieron afectados, produciéndose en numerosas partes sublevaciones, en las que soldados o marineros atacaban a los oficiales. En la ciudad de Lodz, se produjo un levantamiento armado, y los sucesos revolucionarios tuvieron especial incidencia en Varsovia y en Odesa, puerto donde se produjo la sublevación de la tripulación del crucero-acorazado «Potemkin», quien se unió a la rebelión, convirtiéndose así en lo sucesivo el crucero «Potemkin», en un símbolo de la revolución rusa, sobre el que se escribirían numerosas obras y se rodaría una famosa película de clásico corte propagandístico soviético.

No obstante, la huelga de San Petersburgo fue cediendo, y el 18 de enero, siempre según el antiguo calendario ortodoxo, el movimiento revolucionario estaba ya en franca regresión. El Zar, en lo sucesivo, perdería bastante confianza en encontrarse con las masas populares, y, por temor a atentados, la policía le aconsejó que nunca acudiese a las ceremonias que hubieran sido fijadas de antemano, y, asimismo, frecuentó más la utilización del yate imperial (23). Una vez que las huelgas ciudadanas habían descendido, se produjeron revueltas campesinas en gran parte del territorio ruso, asaltando los campesinos pa-

dores ingleses que relatan los hechos, destacando el de R. Bruce Lockhart. Es indudable, y sobre ello existe abundante documentación, cómo el servicio secreto británico trabaja activamente en los diferentes órganos de la oposición en Rusia, para así, de esta forma, averiguar en caso de la caída de los zares quién sería la fuerza que estaría destinada a ejercer el control del país.

(23) El yate imperial, el «Livadia», curiosamente era un barco de extrañas características, pues tenía una manga desproporcionada para su eslora, a fin de evitar en lo posible el mareo de los miembros de la familia imperial. Era considerado un barco muy poco marinero, pero de una particularidad en su construcción tan extraña que ha sido comentado en varios tratados de ingeniería naval de la época.

lacios y casas de campo de los terratenientes, y, posteriormente, incendiándolas.

Ante la perspectiva revolucionaria, el Zar recibió en su residencia de Tsarskoie Selo a una comisión de 34 hombres, elegidos al azar entre los diferentes representantes de San Petersburgo. El Zar dijo que las justas peticiones de los obreros serían atendidas. Y el ministro de Hacienda, Kokovtsev, hizo una encuesta de urgencia sobre la legislación laboral europea, recomendando que el régimen ruso dejara de considerar a las huelgas como motivos políticos, y le diese una clasificación exclusivamente laboral. Siempre según el calendario ortodoxo, el 18 de febrero, al nuevo ministro del Interior, Buliguil, le dio instrucciones para la elección de un nuevo parlamento, conocido como Duma, que convocaría a los representantes populares para la elaboración de nuevas leyes. A todo esto, se habían producido la derrota terrestre de Mukden y el desastre naval de Tsuhima, sobre el que ya hemos comentado anteriormente, produciéndose un estado de pesimismo y desesperación. El 24 de mayo de 1905, un consejo imperial decidió que era más urgente que se prestara atención al orden interno que a la guerra. El desastre de Tsushima hizo dar nuevos bríos al movimiento revolucionario, particularmente en Polonia, produciendo gigantescas alteraciones del orden público y manifestaciones, así como levantamientos armados dirigidos por el que posteriormente sería el jefe del Estado polaco, el mariscal Pilsudski, quien estuvo en contacto con los servicios secretos japoneses, a fin de que el Estado Mayor del Japón proporcionase ayuda a los revolucionarios polacos, no concretándose esta intervención en la práctica posteriormente.

Mientras tanto, el ministro liberal, el conde Witte, a través de la mediación con los Estados Unidos, pudo conseguir el 23 de agosto la paz con el Japón, fundamental para poder asegurar el orden interno ante la amenazada situación subversiva del Imperio.

V. La segunda fase de la revolución

El 6 de agosto, el Zar anuncia la creación de un parlamento o Duma consultiva, pero esto ya no satisfacía a grandes sectores de la oposición, que lo que querían era un parlamento al estilo del de los

países occidentales, contribuyendo a aumentar la agitación del imperio. Esta vez es en Moscú, y no en San Petersburgo, donde el movimiento revolucionario empieza a tomar una actividad más creciente. El papel, tanto de los bolcheviques como de los mencheviques, hay que reconocer que no fue decisivo en el golpe contra el zarismo, y siguiendo lo que sería una forma de ver los sucesos, posteriormente repetido en tantos países del mundo, los bolcheviques no apoyarían el alzamiento de 1905 hasta que éste se encuentra en una posición fuerte, siendo cierto que los bolcheviques no iniciaron la formación de los soviets ni los apoyaron al principio. Lenin pensaba que la socialdemocracia debería unirse al gobierno surgido de la burguesía y colaborar con los demás partidos, para poder tomar así el control de la lucha revolucionaria, pero nunca subordinando los bolcheviques a otro partido, sino que quedaba claro desde el principio que éstos eran colaboradores en el objetivo prioritario de derrotar la autocracia, pero no en el logro de una solución definitiva, que no fuese acorde con sus ideas e intereses. Por esto los bolcheviques oponían desde un principio resistencia al establecimiento de los soviets, mientras que los mencheviques están totalmente dispuestos a colaborar con estos consejos de obreros y soldados denominados soviets, suministrando a gran parte de sus dirigentes, no colaborando los bolcheviques en los mismos hasta que éstos dejan de surgir más o menos espontáneamente, y se convierten en organizaciones con fuerza y empuje.

Por otra parte, el enfrentamiento entre los diferentes grupos revolucionarios, constituye una enorme ventaja para el zarismo, pues Trotsky, a los pocos días del «Domingo sangriento», escribe una feroz diatriba contra el dirigente liberal y antiguo socialdemócrata Piotr Struve, del que ya hemos hablado anteriormente. Trotsky desarrolla una enorme imaginación en el proceso revolucionario, adelantando lo que sería después la revolución de 1917; y que en tan gran parte se debería a él. Consideraba que los insurrectos sí tenían posibilidades de triunfo a pesar de su carencia de armamento, pues aún admitiendo que los obreros por sí solos, aún estando armados, no podrían vencer en un levantamiento, la propaganda ejercida por la revolución sí podría atraer a los soldados y marineros, y que todo lo que se necesitaba para ponerse a la altura del momento eran «unas cuantas

cualidades muy sencillas: el abandono de la rutina organizativa y de las miserias tradicionales del movimiento clandestino, una concepción amplia, iniciativa valerosa, habilidad para valorar las situaciones, una vez más una iniciativa valerosa» (24).

Vemos cómo frente a la rutina destaca lo contrario, siempre su dinamismo, el deseo de superar las históricas discusiones de movimientos revolucionarios en el exilio, carentes de practicismo, para operar activamente y siempre con iniciativa. Trotsky sigue relatando, con la pormenorización que caracteriza al estudio de su personaje Deutscher, en febrero de 1905 regresa a Rusia, deteniéndose antes en Viena, donde, en casa del famoso socialista Víctor Adler, se afeita el bigote y la barba, a fin de dificultar en lo posible a la policía el reconocimiento fotográfico del mismo, y en febrero llega también Trotsky a Kiev, pues siendo importantísimo centro, no obstante, la *Ojra* no tenía los medios de que disponía en Moscú y en San Petersburgo. Allí conocería al ingeniero industrial Leonid Krasin, miembro del Comité Central y jefe de la organización clandestina interior, quien resultaba ser un hombre lleno de intenciones armonizadoras dentro del partido, deseoso de superar las diferencias entre bolcheviques y mencheviques, que solo conducían al desgaste y a la división, supeditando gran parte de sus convicciones al deseo de esa conciliación, lo que le hacía estar en oposición con Lenin, inflexible en sus posiciones, llevándole el mismo Krasin a Trotsky en el mes de abril a San Petersburgo.

Del enorme número de obras escritas en la Unión Soviética, con el fin de minimizar y desprestigiar el papel de Trotsky en la revolución de 1905, no obstante, y con un estudio desapasionado de la misma, resulta innegable el papel directo ejercido por él, por una explicación sumamente sencilla: y es que el tener esa habilidad de llegar inmediatamente a Rusia, al poco de comenzar los sucesos revolucionarios, le hace estar en una situación mucho más ventajosa que otros bolcheviques y mencheviques de mucha más categoría y tradición que él en las actividades del partido, pero que se encontraban en aquella época en Ginebra y en Londres, y precisamente por

(24) Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta armado*.

esa diferencia de encontrarse en el centro de los sucesos revolucionarios, como esas gentes se encuentran en Europa, hacen que ese papel sea mucho más destacado que el de los dirigentes más antiguos. Trotsky estaba todavía en una situación de indecisión, de horror a perpetuar el cisma entre mencheviques y bolcheviques, ya que lo consideraba sólo una situación provisional, radicando ahí su diferencia con Lenin, inflexible en la postura de los bolcheviques, o como otros grandes santones, como Axelrod y Martov, representantes mencheviques, todos incommovibles en sus posiciones. Trotsky consideraba que un partido unido tendría más fuerza y más difusión que esa escisión bastante artificial. Cuando regresa Trotsky a Rusia, la primera etapa de la revolución se ha agotado, las huelgas han ido decayendo y la fuerte represión ha intimidado a los revolucionarios, aprovechándose de esto las clases liberales para plantear unas reformas menos absolutas que las solicitadas por los socialdemócratas y socialrevolucionarios, y más acorde con lo que el Zar podría conceder. Los revolucionarios califican de pseudoparlamento la Duma, que es convocada por el Zar en ese manifiesto publicado el 6 de agosto. La Duma habría de ser un Consejo legislativo consultivo, no un órgano legislativo, cada estrato social votaría separadamente, recordando así a los estados generales que precedieron a la Revolución francesa.

Sin embargo, esta concesión liberal de una Duma en la que el Zar se reservaba el derecho de prorrogarla o de disolverla, supuso un impacto en la oposición; el historiador Miliukov, futuro jefe del liberalismo, acogió favorablemente el comunicado del Zar, considerando que era lo único posible de que se podía disponer en aquella época. Trotsky, que se quejaba de que la Duma dejaba a las clases trabajadoras privadas de su derecho al voto, promueve un boicot a la Duma, escribiendo entonces una famosa carta al profesor Miliukov, en la que se le acusa de teórico y de desvinculado con la realidad. Su carta abierta a Miliukov es un modelo favorito y característico de Trotsky como forma de expresión, en el que denota su erudición. A su regreso a Rusia escribe proclamas campesinas que publica con firma del Comité Central. Trotsky, que había tomado el disfraz de un oficial separado del ejército, denominado Armuzov, se entregó a una febril actividad revolucionaria, encontrando cómplices que le

protegían de las gestiones de la *Ojra*, así como de un coronel médico destinado en la Escuela de Artillería, donde Trotsky y Krosin aprovecharon la dificultad de que el lugar fuese investigado por la policía, para celebrar reuniones del movimiento revolucionario. Trotsky y su primera mujer, Natalia Sedova, se hacían pasar por el matrimonio Vikentiev, pero la *Ojra* logró arrestar a la Sedova durante una incursión que hizo la caballería en una reunión del primero de mayo celebrada en los alrededores de San Petersburgo, y a continuación Trotsky, para huir de la persecución de la policía, que ya le había localizado y empezaba a rastrearle eficazmente, hubo de huir a Finlandia.

Por otra parte, en septiembre de 1905, al reunirse en Moscú cuarenta miembros de la Unión de Liberación y veinte de los «Zemstvos» (25) trazan el programa fijo del Partido Liberal de Rusia, y un mes más tarde una nueva asociación, más nutrida y con mayor fuerza, por agrupar a clases sociales más diversas, funda en Moscú el que sería hasta después de la revolución de 1917 uno de los partidos políticos más conocidos, el Partido Constitucional Democrático, que es conocido en todas las obras sobre la revolución como Partido Cadete, nombre que viene de sus iniciales K. D. en el idioma ruso.

Mientras tanto, Lenin, el que describió la revolución como el ensayo general, asombrosamente, permanece apartado del escenario político a miles de kilómetros, en Ginebra. Lenin se entera de la matanza del «Domingo sangriento» en Ginebra, y piensa que los sucesos de Rusia son, según su biógrafo David Shup, «una insurrección armada y la consiguiente implantación de una dictadura de obreros y campesinos», «que había pasado a ser objetivo de realización inmediata». Estudió cuanto habían escrito Marx y Engels sobre las técnicas de la insurrección y las tácticas de combate en las barricadas

(25). Los «Zemstvos» eran asambleas provinciales autónomas, creadas por las reformas de Alejandro II, que reunían a grandes propietarios y campesinos conjuntamente. Eran colaboradores con el sistema, pero de marcado carácter liberal, como lo prueba el hecho de que a los «Zemstvos» se debiera la creación de tribunales con jurado.

descritas en las memorias del general Cluseret, que había reprimido el levantamiento parisino de 1848.

Siempre la obsesión, como en circunstancias históricas anteriores, de las acusaciones de girondinos, bonapartistas, etc., de la Revolución Francesa y épocas posteriores, tales como los sucesos de 1848, y la Comuna de París, que tanto salen a relucir en las obras bolcheviques de la época, las acusaciones de «blanquismo», seguidores de Blanqui, etcétera. El pope Gapone había pasado, mientras tanto, de su papel pacifista a ultranza al aprendizaje de las armas de fuego y a montar a caballo, y a pesar de las sospechas que sobre él existían, y parece que fundadamente, de haber pertenecido a la *Ojra*, Lenin consideraba que el cura ruso podría ser un elemento importante para la revolución, y del que con frase textual dijo que estaría «esforzándose por adquirir la claridad de la visión revolucionaria que todo líder político necesita». Lenin consiguió armas para los revolucionarios, pero, lamentablemente para ellos, el buque que las transportaba, encalló inutilizándose toda la carga. Seguía insistiendo mientras tanto Lenin con enorme actividad, tratando de investigar todo lo que existía sobre situaciones revolucionarias, particularmente urbanas, en la Biblioteca de Ginebra.

Al pensar Lenin que la sublevación general ya era un hecho, quiso esforzarse en tomar todo el control del partido a favor de los bolcheviques, arrebatárselo a los mencheviques, convocando a sus seguidores para un congreso que se celebraría en Londres del 25 de abril al 10 de mayo de 1905, y al que algo pomposamente calificaría de Tercer Congreso del Partido Socialdemócrata para toda Rusia. Congreso que sería atacado por los mencheviques, al acusarle de que solamente la facción leninista era la que se encontraba presente, con figuras tan destacadas como Kamenev, Rikov, Krasin, Litvinov, Lunacharski, Mijailov (Peostolovsky), Bogdanov, Sjlovsky, produciéndose también entre los bolcheviques ciertas tensiones internas, no en lo relativo al papel de Lenin, que enseguida fue aceptado por todos como su jefe y concediéndosele amplios poderes, acordándose lo que después sería habitual en todos los congresos y organizaciones comunistas de todos los países del mundo: atacar duramente a las facciones disidentes, expulsando a los que estaban en contra, y particularmente

a los mencheviques. Estos, a su vez, jamás reconocieron autoridad alguna al titulado Tercer Congreso del Partido Socialdemócrata ruso, sino que para ellos siempre sería la primera reunión o primer congreso del partido bolchevique.

En este Tercer Congreso del Partido Socialdemócrata, o primero del partido bolchevique, según sus adversarios, se produjo el hecho de que los delegados del interior eran opuestos a ser dirigidos desde el exterior —ese conflicto que antes hemos señalado y que siempre termina produciéndose en todo movimiento revolucionario—, ya que los delegados del interior consideraban que los que vivían en el exilio habían perdido el contacto y la realidad de los acontecimientos, y, por otra parte, el hombre clásico del Comité, el «Komitetchk», era una persona de actitudes generalmente dictatoriales, no reconociendo ningún tipo de democracia interna, ya que solían decir: «este democratismo sólo nos llevará a caer en manos de las autoridades», atacando virulentamente a los miembros del partido dirigentes en el extranjero, que siempre se limitaban a vivir bien y a organizar intrigas; estos Komitetchiks son los que crearon mayores dificultades en este tercer congreso del partido, diciendo que todos estos delegados del exilio deberían ser enviados de inmediato a Rusia para que supiesen lo que era luchar en la oposición. Dijeron también que el Tercer Congreso no tenía entre sus delegados ningún representante del proletariado, pues un obrero que se presentaría como tal, el conocido revolucionario Babusjil, no era el obrero de tal nombre, sino que era un alias utilizado por el revolucionario Sjlowski. Lenin, sin embargo, no se tomó demasiada preocupación por el asunto, ya que estaba convencido de que el desarrollo creciente de la revolución haría que el poder de la dirección extranjera fuese disminuyendo, y él mismo consideraba que su situación de exiliado iba ya a durar poco. Lenin defendió la idea de incluir a representantes de los trabajadores en los diferentes comités, con el fin de evitar que el partido cayese en una desviación intelectual que le haría alejarse de las realidades concretas, llegando a decir que le gustaría que hubiese en todos los comités por lo menos ocho obreros por cada dos intelectuales.

Según relata la esposa de Lenin, la Krupskaja, otro punto que

adquirió una enorme importancia en el tercer congreso del partido fue el de la propaganda y agitación, poniéndose de relieve cómo este tema tan amplio iría adquiriendo tal importancia que escapaba de los límites de la vieja organización clandestina, que se movía con medios mucho más exiguos. A su vez, se pensó en la necesidad de publicar en Rusia un periódico ilegal que sería el órgano central del partido, a través del cual el Comité Central informase a todos los comités locales de actividades, puntos de vista, medidas a tomar, etc. Este período iba a ser titulado *Proletarii*. Lenin, deseoso de que quedase clara su diferencia con los mencheviques, al terminar este tercer congreso, o primero según los diferentes puntos de vista, quiso expresar todo el contenido del mismo en una obra bastante conocida, que explicase la diferencia de procedimientos y de resoluciones entre el congreso bolchevique y la conferencia menchevique, la obra fue la titulada: «Las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática».

Al regresar a Ginebra, junto con su mujer, Lenin, preocupado por las visitas de los revolucionarios que acudían a verle para incitarle a la acción, entre ellas la de un joven menchevique de la ciudad de Kazán, se entregó con ardor apasionado a lo que él consideraba era y debía ser el objetivo número uno, el levantamiento armado inmediato. Lenin consideraba que la victoria sería muy difícil, casi imposible, pero que lo importante era la sublevación. Cuando, con el retraso natural de fechas, se entera de que el 14 de julio, a bordo del crucero «Potemkin», se había izado la bandera roja y cómo su tripulación se había sublevado (26), envía urgentemente a un miembro del partido a Odessa, con instrucciones, un poco utópicas, de procurar el levantamiento general de toda la flota. Esta es la ambición máxima de Lenin, el conseguir que fuese un hecho ya la sublevación de la marina y del ejército, tomando consecuencias de la misma: «El ejército revolucionario es necesario, porque las grandes mudanzas históricas sólo se consiguen por la fuerza, y en la guerra

(26) La sublevación del «Potemkin», crucero que tomaba su nombre del político ruso y favorito de Catalina II, se originó por el pésimo estado de la comida de la dotación.

moderna, decir fuerza organizada es decir organización militar» (27). A su regreso a Ginebra, la Krupskaja es elegida para la comisión que debe editar los informes del congreso, junto con otros bolcheviques destacados, que después tuvieron que ausentarse o dedicarse a otros trabajos, como Knsky y Orlovsky.

La pobreza de los bolcheviques en el aspecto organizativo, más bien burocrático, era tal, que al no existir mecanógrafas ni secretarías, y después de un complicado sistema manual de traslado de las actas, éstas se completaban en un café de Ginebra, considerando, además, todos los delegados, que lo que decían esas actas no era lo que ellos creían haber dicho. El tema del periódico revolucionario ilegal en Rusia, era tema principal, entregándose activamente a la fundación del mismo, entrando en contacto con numerosos editores, pero considerando que era más conveniente el disponer de maquinaria propia.

Vuelven a producirse los choques con el gran teórico Plejanov, insistiendo Lenin, en el mes de octubre, en que debía dejarse de pensar en Plejanov, y nombrar a un propio delegado bolchevique para su colaboración en el citado periódico, pero también antes había dicho que debía desconfiarse una vez más de Plejanov. Sin embargo, cuando las posibilidades del periódico fuesen un hecho, el prestigio de Plejanov era todavía un importante factor a considerar, y Lenin solicitó de él una entrevista, con el fin de olvidar el pasado y contar con sus valiosas colaboraciones para el futuro. Pero la enorme decepción de Lenin era la sublevación armada, su desesperación era creciente, por ver cómo el movimiento revolucionario en el imperio ruso era obediente a fuerzas espontáneas e inconexas entre sí, muchas veces con interesantes comunes, pero movidas por intereses distintos que les hacían enfrentarse con una enorme falta de coordinación. Por eso él atacaba a esa espontaneidad, considerando que el partido debería siempre tomar la dirección, y luchar contra esa espontaneidad que podría ser nefasta para la revolución.

Pero Lenin se equivocó, pues consideraba que los plazos que él mentalmente tendría fijados son los que corresponderían al desarrollo de la revolución, y si hubiese querido ejercer el papel predomi-

(27) D. Shup, comentando las obras de Lenin, vol. II.

nante que tenía en mente, debería haber abandonado mucho antes el exilio suizo para presentarse en Rusia. Cuando Lenin llegó a Rusia, el 20 de noviembre, era muy tarde para que pudiese jugar un papel importante en la revolución. No sólo Lenin, sino los grandes jerifaltes bolcheviques y mencheviques, como Plejanov, Axelrod, Martov, etcétera, ninguno se encontraba en Rusia en 1905, por eso destaca más el papel de Trotsky, que hizo que su figura tomase un considerable matiz revolucionario, por encontrarse en el centro de los sucesos e intervenir activamente en los mismos. El mismo Lenin había dicho varias veces que había que estar presente, pues los ausentes no servirían para nada. Lenin dejó perder la ocasión, mientras que Trotsky era ya el primer dirigente de la revolución. La organización leninista tuvo un grave defecto que repercutiría de forma transcendental, y era el que cuando no estaba Lenin, sus hombres no tuvieron altura suficiente ni iniciativa, y, por otra parte, el que Trotsky, con su idealismo, no estuviera al lado de Lenin, sino enfrente, en aquellas jornadas de 1905.

Como hemos podido ver, después de las jornadas violentas del invierno y de la primavera de 1905, la revolución había sufrido un reflujo, siendo la sublevación del «Potemkin» el último estallido del movimiento revolucionario, por lo que parecía que la misma había entrado ya en una fase de repliegue, pero en Moscú (28) —Moscú

(28) El primer soviét parece ser que fue el creado en Ivanovo-Voznesensk, cerca de Moscú, el 13 de mayo de 1905. Ivanovo-Voznesensk, era el centro más importante de la industria textil rusa. Entre mayo y octubre se constituyeron soviets, además de Ivanovo, San Petersburgo y Moscú, en las siguientes poblaciones: Novorodik, Rostov, Samara, Kiev, Chitá, Irkutsk, Krasnoyarsk, Kostromá, Saratov, Mikischí, Tver, Oriéjovo-Zúyev, Viatka, Ekaterinenburg, Nadéjdino, Vodkino, Odessa, Nikoláiev, Kremenchuk, Ekaterinoslov, Yúsovka, Mariúpol, Taganrog, Bakú, Bielostok, Smoliensk, Libeu y Rével. Andrés Nin: *Los soviets*.

Los soviets nacieron como comité de huelga, pero lo superaron pronto, al extenderse más allá de lo que representaba una sola fábrica, y enseguida abarcaron todas las instalaciones fabriles de las ciudades. El soviét es una característica clásica de la revolución de 1905, y supone algo nuevo y desconocido. Característica de Rusia, hasta el punto de que la palabra soviét ha dado su nombre a la revolución.

fue la ciudad que dio el impulso decidido a la revolución, más que San Petersburgo— la agitación mixta estudiantil-obrera (29) crece enormemente, produciéndose entre los días 2 al 18 de octubre una huelga de tipógrafos, que hace que no se publiquen los periódicos de la capital, siendo esta huelga de tipógrafos el motor de arranque del posterior movimiento revolucionario. Los tipógrafos son los primeros en formar un soviét (consejo) de los diputados obreros. A su vez, el 7 de octubre se proclama una huelga general de ferrocarriles, que aunque no tuvo plenos resultados, sin embargo consiguió interrumpir las comunicaciones entre Moscú y San Petersburgo. También se producen huelgas que afectan a los servicios telegráficos y telefónicos. La huelga se extiende de forma inusitada, el movimiento revolucionario obrero, da forma a algo que sería decisivo y fundamental, y característico de la revolución rusa, el soviét, pero el soviét no fue originalidad bolchevique, sino que este consejo de obreros estuvo visto con enorme recelo por los bolcheviques, al considerarlo un peligro para las instituciones del partido, y de ello es prueba cómo los dirigentes de la organización en San Petersburgo, Bohdanov y Knunians-Raidn se opusieron a ello.

Los soviets eran los dirigentes del movimiento en reclamar mejoras en las condiciones laborales, mejoras para los campesinos, la necesidad de un gobierno más tolerante, así como la constitución urgente de una asamblea constituyente acertadamente comentado por algunos autores, tales como Mc. Closky y Turner. Las peticiones de los soviets eran mucho más burguesas que socialistas, ya que el alzamiento nunca se planteó en aquel principio como una revolución socialista, sino como una revolución democrática dirigida en gran parte por las clases medias y representantes de la burguesía, no para conseguir un gobierno de la dictadura del proletariado (30).

(29) En la agitación estudiantil de Moscú, se destacó ya un joven estudiante, que sería después uno de los mayores teóricos del comunismo, y asesinado posteriormente por Stalin: Nicolás Bujarin.

(30) Es un hecho cierto el que los bolcheviques, al principio, consideraron de forma inequívoca al soviét como un rival del partido, mientras que los apologistas soviéticos actuales, ante el error cometido por Lenin, tratan de demostrar cómo la posición bolchevique estaba totalmente a favor del soviét

El curso de la revolución seguía creciente, pues aparte del paro ferroviario, los campesinos incendiaron una enorme cantidad de fincas —se calcula que unas dos mil— y tomó forma una rudimentaria reunión de campesinos que celebró su congreso en Moscú. Asimismo, en Sebastopol, en Crimea, sede de la flota del Mar Negro, un marinero asesina a dos oficiales que le impedían la salida del cuartel, dada la prohibición de que la marinería asistiese a las jornadas revolucionarias, produciéndose una enorme efervescencia, que da como resultado que gran parte de la guarnición del ejército de tierra en Sebastopol se subleve, en apoyo de la flota del Mar Negro, que mayoritariamente se había sublevado contra el gobierno imperial (31).

de diputados obreros de San Petersburgo, procurando, en cambio, que Trotsky quede empequeñecido en esta lucha, y presentándole como oponente. Cuando Lenin, y ésto hay que reconocerlo, siempre hábil y táctico y acoplándose a las circunstancias, ve en los primeros días de noviembre —según el calendario antiguo— que el soviét había llegado a constituir una organización fuerte y con dinamismo, es cuando ve la posibilidad de que la actitud del soviét sea aprovechada por el partido, pero nunca antes. Es un hecho histórico cierto, que los mencheviques y los socialrevolucionarios decidieron enviar representantes y colaborar con el soviét al principio de las jornadas revolucionarias, mientras que los bolcheviques exigieron que el soviét, para colaborar con él, se sometiera de inmediato a la dirección del partido. Trotsky fue quien tomó la decisión de acelerar la cooperación del partido bolchevique con el soviét, considerando que ningún partido debería tomar sobre sí el liderazgo exclusivo de la revolución, revelando de esta forma un procedimiento táctico hábil y alejado del dogmatismo, que hubiera hecho quedar al partido bolchevique aislado de la creciente fuerza movida por el soviét. Pero los líderes bolcheviques, temerosos de que la fusión con otras fuerzas dentro del soviét tuviera consecuencias nefastas para el partido, y revelando su falta de audacia, no tomando ninguna decisión abierta en nombre del partido, hasta que vuelva Lenin, por lo que hasta que Lenin no regresa, en noviembre, no se produce la incorporación del partido oficialmente al soviét. Pienso que queda suficientemente claro cómo los bolcheviques no fueron, desde luego, pioneros en la incorporación al movimiento de los soviets.

(31) Esta sublevación de la flota del Mar Negro pone de relieve cómo Lenin tácticamente estaba acertado en explotar a su favor la sublevación del crucero «Potemkin», avance de lo que sería después la rebelión de gran parte de la flota, pero que por esa indecisión o tardanza de permanecer en Ginebra, no pudo aprovechar debidamente como fue su deseo. Ya hemos comentado an-

A su vez, en otros pueblos con ansias independentistas como Lituania, Letonia, Finlandia y Polonia, y la misma Georgia dentro del territorio ruso, son testigos de enormes y colosales revueltas en el imperio, tomando en algunos casos una especial virulencia antirrusa, como en Polonia y Finlandia. El Cáucaso es objeto también de una febril actividad revolucionaria, en la que desempeña un papel activo Koba, el futuro Stalin, quien activamente dirige la organización provincial, incluso con la creación de un secreto laboratorio dedicado a la confección de explosivos, construido gracias a la idea del joven ingeniero bolchevique Krassin, que tan destacado papel tendría en los sucesos revolucionarios (32).

Si ésto ocurría en toda Rusia, la situación en San Petersburgo era caótica, la fuerza del soviét era creciente y, como si fuese un gobierno paralelo, decreta el fin de la censura y el principio de la libertad de prensa. El soviét funciona efectivamente como un gobierno. «Gentes de todas las partes de Rusia, acudían al soviét para que diera satisfacción a sus quejas, que incluían desde la opresión de provincias enteras hasta las reclamaciones de antiguos veteranos de guerra que no tenían de qué vivir, y de viejos cosacos que habían sido licenciados de los puestos que habían ocupado toda la vida. Por último, el soviét promulgó un manifiesto financiero, dando instrucciones al pueblo para que no abonara los impuestos y exigiera los pagos de las instituciones estatales, en oro o plata de buena ley, y advirtiendo a los capitalistas del extranjero que si el gobierno revolucionario salía victorioso no reconocería las deudas del Zar» (33). El 13 de octubre es la fecha en que se forma en el Instituto Tecnológico de San Pe-

teriormente el retraso de su enviado desde Ginebra a Crimea, para tratar de interesar en su favor la sublevación de la marinería.

(32) En esta época, las ideas de Koba eran de acendrado fervor leninista, pues viendo sus escritos de entonces, está totalmente identificado con Lenin frente a Trotsky, en considerar que la revolución sería esencialmente burguesa, y no proletaria, así como en la necesidad de una alianza de la clase proletaria urbana con el campesinado. En Tiflis, Koba impulsó activamente la publicación de un diario bolchevique, titulado *El periódico de los obreros caucásicos*, de muy corta vida.

(33) *Hacia la estación de Finlandia*, por E. Wilson.

tersburgo el soviet o consejo de obreros, que empieza sólo con cuarenta miembros, pero que llega a alcanzar una enorme representación, constituyéndose en modelo para los soviets urbanos de dimensiones más pequeñas.

Trotsky, que estaba en Finlandia, al conocer la situación de San Petersburgo, se desplaza allí urgentemente, y según su biógrafo Deutscher, entre el 14 y el 15 se encuentra ya de regreso en la capital rusa, presentándose enseguida, el día 15, en la reunión del Instituto Politécnico, donde el nuevo centro de poder tenía una actividad febril, algo que parece anticipar las jornadas de 1917 en el Instituto Smolny.

Ante la enorme extensión de la situación revolucionaria, el Zar Nicolás II, alarmado, solicita su opinión al político liberal Witte, quien acaba de regresar de los Estados Unidos, firmando con el Japón la paz de Portsmouth, bastante hábilmente, pues las conclusiones de dicho tratado o pacto, no fueron tan desfavorables para el pueblo ruso, como era de suponer después de la colosal derrota militar (34). El 16 de octubre, representa la jornada en la que el Zar publica su manifiesto, en el que concedía la constitución, nuevas libertades y elecciones mediante sufragio universal, todo redactado y dirigido por el conde Witte, causando la impresión de que acababa la era autocrática, para entrar en una nueva era liberal. La sensación de triunfo de los revolucionarios es total, y desde la Universidad de San Petersburgo, centro conspiratorio y subversivo, y ante una gran multitud, Trotsky considera que esta cesión de la autocracia no es más que una prueba de debilidad de la misma, diciendo textualmente la si-

(34) A la opinión internacional habían llegado noticias preocupantes de los sucesos revolucionarios, y el primo del Zar Nicolás II, el Kaiser Guillermo, en correspondencia confidencial, le pidió, aconsejándole, que aceptase una constitución, aunque fuese moderada, a la vez que le prometía ayuda si era necesario, para reprimir los movimientos revolucionarios, y, a tal efecto, una flota de la marina de guerra alemana fondeó en Petérfhof, en pleno golfo de Finlandia. Ello provocó una división interna en la corte rusa, pues los considerados más derechistas y reaccionarios pensaron en que el Zar podía acogerse muy bien al asilo ofrecido por el emperador Guillermo, mientras que triunfó la opinión de los liberales como Witte, que decían que esto supondría la caída irremisible de la monarquía en Rusia.

guiente frase: «Ciudadanos, ahora que hemos puesto nuestro pie sobre el cuello de la camarilla gobernante, ésta nos promete libertad», atacando violentamente al Zar y al sistema de gobierno, y considerando que eran muy pocas las concesiones de este sistema, para lo que necesitaba el movimiento revolucionario.

VI. La derrota de la revolución y sus consecuencias

Hemos visto la influencia y la enorme extensión que llega a alcanzar como nueva organización el soviét, a tal punto que una publicación muy derechista de la época, *Novoye Vremia* («Tiempo Nuevo») dijo: «coexisten dos gobiernos en Rusia: el del primer ministro Witte y el de Jrustalov (dirigente del soviét de San Petersburgo). La cuestión ahora es cuál de los dos conseguirá encarcelar al otro» (35).

El soviét pidió la retirada de las tropas del ejército y de la policía de la ciudad, y una amnistía política total, la suspensión del estado de guerra, la convocatoria de la asamblea constituyente y la introducción de la jornada de ocho horas. Según el historidor Kochan, aquí radicaba el talón de Aquiles del soviét y el fracaso de los mismos, ya que tropezó esta implantación de la jornada de ocho horas con el «lock-out» de los empresarios, por lo que miles y miles de trabajadores se encontraron sin empleo, debilitándose de esta forma el ardor combativo y, sobre todo, la unidad de los soviets. Entre sus factores de fracaso destaca el hecho de que las clases medias se sentían ya gravemente preocupadas por el matiz abiertamente popular, por esa anarquía que impregnaba ya la sociedad rusa, y por un desmedido crecimiento plebeyo, con el temor de que se iba a pasos agigantados camino de superar la revolución liberal y burguesa, para caer en un extremismo y dictadura terrorista.

Los liberales, enfrente ya de los socialistas, quieren hacerles ver el peligro de que dada la degeneración creciente de la situación y la violencia activa, se corría el riesgo de suscitar una represión tal que

(35) Nosar, abogado de San Petersburgo, conocido bajo el pseudónimo de Jrustalov.

destruyese hasta las pequeñas libertades que habían sido concedidas. El soviét organiza una huelga general que se quiere sea masiva, con motivo de condenar la extensión de Polonia, provincia del imperio entonces, del estado de guerra, sufriendo aquí el soviét un fuerte revés, ya que la huelga general fue un fracaso. El 11 de noviembre, se produce un motín entre la marinería de Kronstadt, pero es sofocado por fuerzas leales, condenándose a muerte a los cabecillas. En aquel caos, el liberal primer ministro Witte, quiere seguir un hábil y cínico juego, halagando a la izquierda, pero, a su vez, amenazándola también con la intervención de la derecha, pues amenaza al líder del soviét de San Petersburgo, Jrustalov, con la amenaza del considerado como reaccionario gobernador de San Petersburgo, el general Trepov, y, a su vez, al general Trepov le amenaza con los soviets de Jrustalov.

Se produce una nueva huelga contra la pena de muerte impuesta a los cabecillas de Kronstadt, y el conde Witte, en un proceso largamente repetido por los pseudoconciliadores a través de la historia, vemos cómo halaga desafortunadamente a los movimientos revolucionarios, con un lenguaje demagógico, llamándoles hermanos trabajadores, instándolos a abandonar su actitud, pensando «en las consecuencias que tendría para sus pobres familias», «y así, hermanos trabajadores, escuchad el consejo de un hombre que está animado de buenos deseos para todos vosotros». Siguiendo una característica de estos hombres, de estos políticos liberales, puesta de manifiesto después posteriormente en tantas ocasiones en tantas partes del mundo, amenaza a la derecha con la izquierda, y a la izquierda con la derecha, como ya hemos dicho, al líder del soviét de San Petersburgo, al abogado Jrustalov Nosar, le amenazaba con la intervención del gobernador general, el general Trepov, y, a su vez, a Trepov le amenazaba con la intervención de Jrustalov. Como es habitual también en tales casos, sin convencer a unos ni a otros, pues a su democrático llamado a los huelguistas, Trotsky le respondió con la siguiente frase textual: «los proletarios no son parientes del conde Witte». Parece ser que Witte sufrió un ataque de nervios cuando conoció la respuesta de Trotsky, por consiguiente del soviét. Mientras tanto, a finales de octubre, Lenin se disponía para regresar a Rusia desde Ginebra, y en respuesta

a una pregunta de para cuándo estaba programada la insurrección, respondería con una frase muy de su estilo: «Yo la retrasaría hasta la primavera. Pero, de todos modos, nadie nos lo va a consultar». Lenin, debido a no haber podido arreglar ciertos contactos necesarios para atravesar la frontera, permaneció en Estocolmo unas dos semanas, llegando a Rusia a primeros de noviembre. Al llegar Lenin a Rusia los bolcheviques habían conseguido ya la autorización aprovechando esa época de libertades, o más bien de concesiones arrancadas al gobierno, la publicación de un periódico diario que aparecía legalmente: éste era el *Novoye Jiza* («Vida Nueva»), editado por la esposa de Máximo Gorki, contando con colaboradores muy destacados, como el mismo Gorki, Andreyev, Boganov, Goldenberg, Orlovski y Kamenev (36).

(36) Además del periódico del soviet titulado *Izvestia* («Noticias»), que se publicaba irregularmente según lo permitían las necesidades, ya que se tiraba en los talleres de un periódico considerado como de extrema derecha, que había sido asaltado con tal objeto por un grupo de acción del soviet, que muy probablemente fuera el de *Novoye Vremia* («Tiempo Nuevo»). Después del diario bolchevique, al poco tiempo se publica también un diario menchevique titulado *Nachalo* («Arranques»), dirigido e impulsado por Trotsky y por Parvus, que firmaba con el pseudónimo de Doctor A. Helphand; si *Nachalo* era el diario menchevique teóricamente, en la práctica era el periódico de Trotsky, ya que exigió para su colaboración el que se defendiese la idea, tan cara para él, de la revolución permanente, teniéndolo que aceptar los mencheviques, a pesar de sus reticencias, como se desprende de una carta entre dos destacados miembros, de Mártov a Axelrod. El *Nachalo* contaba con la flor de la intelectualidad socialista mundial, con figuras tan destacadas como Kautsky, Rosa Luxemburgo, Víctor Adler y Augusto Babel; y así, Trotsky, como relata —siempre con la simpatía que le caracterizaba hacia el personaje, Deutscher—, «pudo gozar la dulce venganza de abrir las columnas de *Nachalo* a Plejanov, que un año antes había considerado moralmente repugnante colaborar junto con Trotsky en *Iskra*. Asimismo, *Nachalo*, junto con otro periódico que había sido controlado también por Trotsky, el periódico liberal *Roskaya Gazeta* («La Gaceta Rusa»), tuvo mucho más éxito que el periódico bolchevique, debido a tener menos dogmatismo y más agilidad en la exposición de los temas, y mayor energía en la presentación de los mismos, pero, a pesar de todo, los periódicos bolchevique y menchevique no rivalizaron entre sí y apoyaban al soviet. Lenin, en 1917, reconoció la magnífica labor periodística realizada por Trotsky en *La Gaceta Rusa*, en 1905.

Cuando Lenin vuelve a Rusia comprende que el poder del soviét era ya enorme, dándose cuenta de su errónea política seguida cuando la composición del mismo, cambiando enseguida sus ideas iniciales para hacer del soviét el instrumento de donde surgiría el futuro gobierno provisional, y, con un gran sentido de la realidad, urge a reforzar la influencia del partido en los soviets. El gobierno empezaba a tener, no obstante, el control de la situación, pues las unidades de la flota que se habían sublevado en Sebastopol fueron bombardeadas por los buques leales, así como desde los fuertes que defendían la ciudad, y la marinería rebelde, ausente de coordinación y fragmentada en numerosos comités, no supo hacer frente a la situación, huyendo muchos al extranjero, mientras que otros se ahogaron o fueron ejecutados por las unidades leales. Las unidades del ejército, especialmente los regimientos de la guardia, se mostraban fieles al gobierno, por lo que pudo ir aplastando la sublevación campesina, no solamente la urbana. El ministro del Interior, Durnovo, da un golpe de audacia que tuvo éxito, afrontando decididamente la actividad revolucionaria, para lo cual consideró que lo mejor era atacar directamente a la cabeza del soviét, y el 27 de noviembre detiene al presidente del mismo, el abogado Jrustalov-Nosar.

El soviét, ante este golpe de audacia, no supo cómo resistir, enfrentándose en su seno diversas tendencias, pues los socialrevolucionarios —siempre partidarios del terrorismo— propusieron asesinar a los miembros del gobierno, mientras los socialdemócratas, tanto bolcheviques como mencheviques, eran opuestos a las acciones terroristas, y, con buen sentido, consideraron que una nueva huelga general sería muy difícil, dado el agotamiento de la sublevación y la dureza de la represalia, por lo que llevaría a una actitud suicida que no conduciría a nada (37). Al ser detenido Jrustalov-Nosar, el soviét acuerda pro-

(37) Los autores estalinianos, y posteriores, incluso de la Unión Soviética de hoy, como Shaumian, A. Kasulnikov, Suborov y otros, han atacado siempre la actitud de Trotsky, al dirigir el soviét de San Petersburgo respecto a la insurrección armada. Pero ellos mismos han de reconocer cómo ésta era imposible, ya que el anterior presidente del soviét, Jrustalov-Nosar, repartió armas a las milicias del soviét, pero resulta que sólo tocaban a ocho revólveres por barriada y a cien cartuchos por revólver, lo cual da idea de que esta

visionalmente una moción, en la que en tanto se vote un nuevo Presidente, se elegiría un «presidium» de tres miembros, que estaría compuesto por Trotsky (que actuaba aún con el pseudónimo falso de Yalovsky), Sverchjov y Klydniov. El soviét, como recurso de urgencia, ordenó la promulgación del llamado «Manifiesto Financiero», pidiendo al pueblo que no abonase los impuestos de ningún tipo, algo como si todo el mundo se convirtiese en objetores de conciencia fiscales, y que el pago de todas las instituciones se exigiese en oro y plata, advirtiendo a los capitalistas del extranjero que si triunfase el gobierno revolucionario éste no admitiría las deudas del gobierno del Zar, lo que ocurriría en 1917, y antecedente del actual tema Jomeini.

La idea hay que reconocer que era ingeniosa, pues si se consiguiese que toda una población se declarara objetora de conciencia fiscal, el desastre es evidente, y parece que no hay fuerza suficiente para oponerse a ello, pero el gobierno decidió actuar de inmediato ante esta grave amenaza que se le venía encima. El «Manifiesto Económico», que debe su redacción a Parvus, viene a ser un antecedente, en parte, de lo que el gobierno soviético cumpliría en el futuro, el no reconocimiento de las deudas anteriores. El ministro del Interior

insurrección sería utópica, y aunque tratan de apoyarse en las discusiones, o más bien en las sugerencias hechas por los bolcheviques Knunians y Krasikov, para comenzar una revuelta política, eluden el tema de cómo los barrios obreros estaban hartos y agotados, en gran parte, por las difíciles condiciones en que se iban desempeñando las jornadas revolucionarias, y cómo el gobierno iba aplastando militarmente las sublevaciones, por lo que había muy pocas probabilidades de éxito. Además, el tratar de presentar a Trotsky como seguidor de las notas mencheviques, refleja una verdadera falsificación de la historia, pues, tal como hemos enumerado, al fundar el periódico *Nachalo*, hemos visto la enorme desconfianza de Axelrod y Martov hacia Trotsky, aceptándolo sólo por su energía periodística y revolucionaria. Trotsky estaba totalmente en lo cierto cuando afirmaba que la huelga general —por otra parte casi imposible de conseguir ya, por las circunstancias anteriormente explicadas— no lograría el derrocamiento del zarismo, sino sólo cuando desembocase en una insurrección armada, pero esta insurrección armada era imposible en aquella época, ya que las circunstancias de la derrota militar habían pasado, y el gobierno, como se veía en los primeros meses de 1906, pudo traer tropas del lejano Oriente que afianzarían más la situación en su favor.

Durnovo, parece ser que por mandato personal del Zar, y sin que estuviese al corriente de ello el primer ministro Witte, procedió el día 3 de diciembre a la detención de los 230 miembros del Comité Ejecutivo. Antes, todos los periódicos que habían publicado el «Manifiesto Económico», entre los que se hallaban los bolcheviques y mencheviques, habían sido clausurados (38). Cuando en el lugar donde celebraban las reuniones los soviets se encontraban esta vez totalmente de acuerdo tanto bolcheviques como mencheviques, en la necesidad de proclamar la huelga general, llegó, por noticias de infiltrados, el que la policía de San Petersburgo, por orden personal del ministro del Interior, se disponía a ocupar el soviet. Aquí una vez más vemos el sentido netamente conspirador de los comunistas y su adaptación a las circunstancias, pues mientras Trotsky da la orden de permanecer reunidos en sesión permanente, pero sin oponer resistencia por la fuerza de las armas, salen ya unos cuantos miembros del comité ejecutivo que habrán de encargarse de la representación del mismo, si los miembros del soviet son encarcelados. Siempre, en estas actividades, los comunistas poseen una imaginación de que desgraciadamente carecen sus oponentes. Después de una curiosa escena, que con ironía relata Deutscher, cuando el oficial de la policía entra para detener al comité ejecutivo, Trotsky le interrumpe diciendo que tuviese por lo menos ¡la buena educación de callarse hasta que le diesen el uso de la palabra!, y no interrumpiese al orador, y ¡después vería si se le concedía o no! Burlándose más del oficial de policía, Trotsky dice que se le concede el uso de la palabra a título informativo, y el oficial de policía, asombrado ante tal recibimiento, se va, mientras, los miembros del comité ejecutivo destruyen sus documentos, y acuerdan no revelar sus nombres.

Otra vez el mismo oficial de policía, a la cabeza de un grupo de soldados, vuelve a entrar en el comité ejecutivo, se le dice que el

(38) Sorprendentemente, aunque esto no lo comentan los historiadores soviéticos actuales, la idea del «boicot» no fue del soviet, sino de la Asociación de Campesinos de toda Rusia, con la que, sin embargo, mantenía el soviet unas relaciones muy estrechas; el Manifiesto Económico fue realizado en colaboración, por el soviet, dicha asociación de campesinos, de quien partió la idea, los mencheviques, los bolcheviques y los socialrevolucionarios.

Zar está violando la promesa de su manifiesto, por lo que el oficial, antes de que los soldados oigan estas palabras, manda salir y cerrar las puertas, y, por último, hasta que no llega un fuerte destacamento con nuevos oficiales, no se detiene al comité ejecutivo. El soviet de San Petersburgo había durado cincuenta días. El primer ministro Witte, en una típica actitud liberal, al enterarse de la acción del ministro del Interior contra el soviet, reacciona asustado, diciendo a sus colegas del consejo de ministros: «lo hemos perdido todo».

Entretanto, el soviet de Moscú considera que él tiene posibilidades de ganar y de implantar la revolución que no había conseguido el de San Petersburgo. Declara la huelga general con la intención, que antes ya hemos visto, de convertir la huelga en la insurrección armada. Se producen de nuevo pequeñas sublevaciones y motines de marineros y soldados, aislados y sin coordinación, que son rápidamente sofocados. Los bolcheviques reunidos en Finlandia, en la localidad de Tammenfors, convocan una conferencia del partido, aprendiendo, como relata la mujer de Lenin, Krupskaja, a disparar entre sesión y sesión.

De los más señalados oradores, destacan Lozovsky, Baransky y Yaroslavsky. «En la conferencia de Tammenfors, a la que sólo asistieron bolcheviques, se acordó la resolución de que era necesaria la inmediata preparación y organización de la solución armada» (39).

La huelga general convocada el 30 de diciembre por el soviet de San Petersburgo fue un fracaso, pero no ocurrió así en Moscú, donde la huelga se transformó en una insurrección armada, tal como había sido la idea leninista. Mientras tanto, los bolcheviques, que como hemos visto antes aprendían no sólo discusiones teóricas, sino a disparar, en la conferencia celebrada en Finlandia, tenían algunas armas obtenidas del extranjero, y con el dinero de que disponían, organizaron unidades de combate integradas por veinticinco hombres cada una (40). Los sucesos de Moscú adquirieron una enorme vi-

(39) Nadiezna Krupskaja: *Mi vida con Lenin*.

(40) El dinero de que disponían los bolcheviques para hacer frente a su actividad revolucionaria, vino, en gran parte, a través del ingeniero Krasin, quien pertenecía al comité central desde el segundo congreso celebrado en Londres, sufragando en Bakú una imprenta clandestina, y quien a través

rulencia, que obligó al gobierno a actuar con una dureza extrema. El mismo liberal Witte, tan propicio a la conciliación, al encontrarse con la sublevación de Moscú, decidió actuar sin contemplaciones. Parece ser que el mismo Nicolás II, al referirse a Witte después de la sublevación de Moscú, dijo textualmente: «Ahora quiere fusilar y colgar a todo el mundo», Witte, se había convertido en otra persona distinta.

La insurrección de Moscú fue al principio un éxito, ya que esas unidades del partido, cuando era necesario, se subdividirían, a su vez, en grupos de tres o cuatro hombres, que, utilizando ya en aquella época unas tácticas primitivas de guerrilla urbana, atacaban y desaparecían con rapidez, lo que hacía sumamente difícil su localización y captura. Esta forma de lucha de guerrilla urbana, parecía ser que podría alargarse durante un tiempo indefinido, ya que las unidades militares de guarnición en Moscú, no eran suficientes para ejercer una labor eficaz contra ellas. Pero, ante las peticiones urgentes del gobernador general de Moscú, Dubasov, el gobierno se decidió a enviar desde San Petersburgo una de las mejores unidades militares del ejército: el regimiento Semionovski, acompañado de considerables fuerzas de artillería. La intervención del regimiento Semionovski fue decisiva, pues el día 29 empezó a derribar todas las barricadas, disparando no solo contra las mismas, sino contra todo tipo de viviendas desde las que se ejerciese cualquier resistencia, incendiando gran

de Máximo Gorki había un provechoso contacto en 1903 con el industrial textil, millonario moscovita, Morozov, que, a su vez, se suicidaría en 1905. Este, según declaraciones del mismo Gorki, empezaría facilitando a los bolcheviques unos 12.000 rublos anuales, cantidad considerable para aquella época. Morozov, había sido un hombre que ya en época tan lejana como el 1883 había humillado al Zar, cuando en ocasión de que el Gran Duque, después asesinado, Sergio Alexandrovich, visitó el palacio que en Moscú tenía Morozov, fue recibido por el mayordomo. Krassin fue el hombre encargado de la cuestión económica del partido bolchevique, y organizó un viaje de Gorki por los Estados Unidos, donde logró considerables sumas para el partido, que, como el mismo Gorki reconocería, venía en su inmensa mayoría de los dineros de la burguesía. Morozov hizo posible la publicación totalmente deficitaria de *Iskra*.

parte del barrio obrero y procediendo a una represión sin contemplaciones.

El día 31 cayó el último reducto, dentro del barrio obrero de Presnia, que fue objeto de un bombardeo sin contemplaciones por las tropas de los coroneles Rilán y Nin (que, posteriormente, siendo ya general, sería asesinado por los terroristas). El comité central del partido bolchevique, hizo llamamientos desesperados a los revolucionarios de San Petersburgo para que apoyasen la sublevación de Moscú, con el fin de dispersar a las fuerzas imperiales y crear un abierto estado de revolución, con numerosos focos, pero no pudieron lograr una acción conjunta, ya que el agotamiento de San Petersburgo era total y la capacidad revolucionaria de los trabajadores se encontraba, como es lógico, muy disminuida. Con el aplastamiento de la sublevación de Moscú, puede decirse que finaliza la revolución de 1905-1906 (41).

VII. Conclusiones

El fracaso de la sublevación de Moscú y su aplastamiento, sorprendieron a Lenin en Finlandia, donde había estado desde el día 24 de diciembre, hasta que el barrio de Presnia cae en las manos gubernamentales. Como es inevitable, cuando se producen fracasos se

(41) Después del aplastamiento de la sublevación de Moscú, siguieron actividades revolucionarias en provincias, y a finales del año seis, los ferroviarios y los reservistas de algunos centros del Este se sublevaron contra el gobierno, e incluso en lugares tan alejados como Kurlandia y Livonia, se produjeron sublevaciones, así como en Georgia y en el Cáucaso, donde, por cierto, había sido suprimido el periódico del futuro Stalin, «El periódico de los obreros caucásicos». Contra todo esto, Witte y el ministro de Interior Durnovo, organizaron acciones de represión enérgicas, en las que se distinguieron el príncipe Orlov y los generales Sollogun, Rennenkamnf (famoso después por su intervención en la Primera Guerra Mundial), y el almirante Dubasov. Lo que tanto se temía, el aniversario del Domingo sangriento, en el que Lenin tenía grandes confianzas, fracasó, desde el punto de vista de la revolución inmediata, pero el germen del descontento y de la revolución sí había quedado sembrado.

quieran buscar consecuencias, e inmediatamente surgen entre los bolcheviques los ataques contra Lenin, al que por primera vez se le acusa de dirección inadecuada del partido. Concretamente, se le llega a acusar de ser un nuevo Nechayev (42), y de caer en tácticas aventureras que llevaban a fracasos sangrientos. Lenin considera, no obstante, que la revolución de 1905 ha sido sumamente importante para los movimientos revolucionarios, y ésta sería, más adelante, el ensayo general para el triunfo de 1917. Las causas de la sublevación están en cómo los liberales se opusieron a las últimas consecuencias revolucionaria desatadas por bolcheviques, mencheviques y por socialrevolucionario; considerando que avanzar más sería peligroso para el desarrollo de las libertades conseguidas, ya que ellos no deseaban una revolución, sino transformar el zarismo en una monarquía constitucional.

El mismo antiguo marxista y autor del primer congreso del partido socialdemócrata ruso, Piotr Struve, pedía a los militares zaristas que defendiesen el manifiesto de octubre, dado por Nicolás II, frente al ataque de las organizaciones revolucionarias y de los revolucionarios izquierdistas. Por otra parte, el fracaso de los sucesos de 1905-1906 revela cómo cuando la situación llegó a un punto crítico, el gobierno pudo controlar a sus fuerzas armadas, fundamentalmente debido al origen campesino de los soldados en el ejército, pues no en vano tantos años de identificación político-religiosa, con la autoridad suprema del Zar, tenía que hacer que aquéllos no reaccionasen, de momento, a los estímulos revolucionarios. En la marina de guerra, creció más que en el ejército el fermento de revolución entre la marinería, atribuible, en parte, a que el hecho de la mayor formación técnica del marinero que la del soldado, le hacía más permeable a las influencias revolucionarias, pero, con todo, el también origen campesino de la mayor parte de la marinería, pesó decisivamente en que la sublevación de la flota no fuese un hecho total. Por otra parte, las unidades escogidas, las de la Guardia, en su inmensa mayoría permanecieron fieles al gobierno.

(42) Nechayev, anarquista ruso, seguidor de Bakunin y especialmente fanatizado en la acción violenta.

Además de todas estas causas, el hecho de que la burguesía y las clases liberales se sintiesen satisfechas con el manifiesto de octubre del Zar, contribuyó fundamentalmente a dividir los esfuerzos contra la autocracia, separando a los liberales de los revolucionarios. Entre tanto, el partido Cadete adquiriría una gran fuerza y esperaba la expectativa de la convocatoria de la próxima Duma, punto de partida de una nueva Rusia.

También la policía, la *Ojraná*, en su lucha contra los enemigos del zarismo (43), había aprendido mucho durante el curso de las actividades revolucionarias, no limitándose sólo a la represión, sino organizando manifestaciones de adictos a las ideas contrarrevolucionarias, especialmente entre clases populares bajas, que habían perdido bastante con la revolución, fomentando grupos patrióticos y defensores del zarismo. Otras organizaciones derechistas, algunas de las cuales tuvieron una vida muy corta, fueron las tituladas «Por el Zar y el Orden», «Unión de los grandes propietarios monárquicos», «Unión de Portaestandartes religiosos», «Autocracia e Iglesia», «Liga

(43) Entre los enemigos del zarismo, hay que recordar también que las sectas religiosas en Rusia habían proliferado enormemente, particularmente aquellos fanáticos que en un grado tal de purismo hacían objetivamente el juego a los revolucionarios, como ocurre tantas veces y podemos ver hoy en día en tantos aspectos políticos, donde tantos puristas extremos sostienen actividades totalmente contraproducentes y en contra de la idea que teóricamente dicen defender. Entre estos fanáticos religiosos que hacían el juego a la revolución, de forma inconsciente, tenemos sectas como las de los viejos creyentes, ya activos desde los tiempos de las reformas de Pedro el Grande, que consideraban como falsa la religión oficial por tener sacerdotes, creyendo que el pueblo debería libremente desenvolverse sin la presencia de ellos. También los llamados Horistas, que sentían odio especial hacia las ceremonias, tan solemnes, de la iglesia ortodoxa, y, en particular, una secta derivada, a su vez de ella, los Neohoristas, cayeron en un anarquismo, ya que decía que solamente el poder de Dios es el que debería reinar en el mundo, considerando que la autoridad era una invención poco menos que diabólica. También los Klytsas, los Strannikystas, los Meoloknistas, que ejercieron una gran influencia en las ideas de Leon Tolstoi, por su hostilidad hacia el zarismo, hacia el Estado y hacia la autoridad, a la que consideraban, en general, todas estas sectas, como atentatorias contra la voluntad divina, así como la propiedad, la familia y las ideas tradicionales.

de lucha contra la sedición». Varios de estos grupos se unieron en uno más fuerte, titulado «Unión del pueblo ruso». Es cierto que estas organizaciones, o al menos algunas de ellas, favorecieron los «Pogroms» antijudíos en varias ciudades, muy especialmente en Kiev y en Odessa, donde se cometieron verdaderas atrocidades, pagando, además, muchos judíos de origen humilde, mientras que los dirigentes revolucionarios nunca caían en tales «Pogroms» (44).

Estas organizaciones derechistas desempeñaron también un papel

(44) El sentimiento antisemita estaba muy arraigado en las clases populares rusas, especialmente entre los campesinos, ya que los judíos se dedicaban principalmente al comercio y a numerosas profesiones liberales, así como sentían gran desprecio por la agricultura —con las naturales excepciones, pues la familia de Trotsky era una familia judía campesina—. Pero generalmente los intentos que se hicieron de que los judíos se convirtieran en agricultores, no dieron resultado, ya que siempre se arreglaban para conseguir una dedicación al comercio y al alejamiento de los trabajos físicos, así como su continua resistencia al servicio militar obligatorio, en el que llegaban a hacer verdaderos alardes de ingenio para rehuir el mismo, como, antes de los exámenes médicos, llevar algunos días gafas de graduación exageradas que alterasen la visión posteriormente, siendo causas corrientes de que fuesen odiados por la población, particularmente por las clases más bajas, que eran fácilmente excitables para los «Pogroms» y demás excesos sangrientos contra los judíos. Asimismo, el Consejo del Pueblo Judío, organización sionista internacional, inició posteriormente una campaña internacional antizarista, y es posible que en el Congreso Sionista de 1904 se dijese la frase: «el Zar debería pagar con su sangre los «pogroms» instigados por él». Sin embargo, hay que reconocer cómo los bolcheviques y mencheviques, a pesar de contar con numerosos judíos en sus filas, no estaban inmersos en esas ideas sentimentales judías de creación de un Estado propio, cayendo más bien en ello organizaciones que, aunque revolucionarias, como el Bund, chocarían con las ideas internacionalistas de bolcheviques y mencheviques, pues consideraban que las cuestiones prejuzgadas por el Bund, habían sido superadas por el socialismo, que debería eliminar las barreras de razas, nacionalidades y religiones; y el mismo destacado menchevique judío Axelrod, en sus ataques contra el Bund, dijo que no se podían hacer excepciones con los particulares intereses de la comunidad judía. Posteriormente, en épocas estalinianas, se acentuaría el resentimiento antisionista, cayendo en purgas de dirigentes judíos, en un estilo que, desde luego, era bastante superior del antisionismo zarista, y hoy en día, la hostilidad antijudía es una característica del régimen de Breznev, y esto lo saben bien los judíos que habitan en la URSS.

importante, al ser innegable que contaban con un apoyo de los artesanos de las ciudades y de la pequeña burguesía urbana y campesina, que se encontraban sumamente resentidos, no sólo sentimental, sino económicamente, por los sucesos huelguísticos y revolucionarios, puesto que la huelga general de otoño de 1905 salía fuera de los planes que habían sido previstos por Lenin, y «no encajaba con las consignas de su periódico, ni con las resoluciones del congreso bolchevique» (45).

Pero fue tal la extensión y la magnitud de la huelga, que aquí encontramos una de las particularidades de Lenin, que le hace deshechar el marxismo ortodoxo cuando éste no se ajusta a sus fines, y en lo cual estaría después su triunfo, el utilizar el marxismo como una guía para la acción, pero no seguirlo ciegamente. Si Lenin hubiese seguido ciegamente sus esquemas previstos, habría estado apartado de la realidad, y, sin embargo, rompe con sus esquemas cuando es necesario, para adaptarlos a los acontecimientos. La inicial hostilidad contra el soviét se trueca después en actividad favorable, cuando ve las enormes posibilidades que el mismo puede generar en el movimiento revolucionario.

Cuando es aplastada la sublevación de Moscú, las aguas poco a poco vuelven a su cauce, y las ideas revolucionarias experimentan un considerable retroceso. Más tarde se celebraría en Estocolmo el congreso del partido socialdemócrata, con sus inevitables, otra vez, luchas entre mencheviques y bolcheviques, y el 27 de abril de 1906 se constituirían el Parlamento o Duma imperial. Los bolcheviques y mencheviques seguían con sus discusiones en Estocolmo (46). Las

(45) Lenin. David Shoup.

(46) De estas reuniones de bolcheviques y mencheviques, así como de todas las actividades depuratorias, la policía secreta estaba tan al corriente, que llegó a infiltrar hombres suyos en los más altos puestos directivos, y, por eso, no resistimos la tentación de citar, aunque sea muy brevemente, el caso de Roman Malinovski, antiguo secretario general de la muy poderosa Unión de Obreros Metalúrgicos de San Petersburgo. Malinovski, uno de los agentes más decisivos de la *Ojra*, fue antes menchevique y posteriormente bolchevique, ocasionando con su actividad la detención de Bujarin, y de destacados bolcheviques. A pesar de la sospecha existente en el partido, pues siempre que había operaciones secretas en las que intervenía Malinovski, in-

luchas entre bolcheviques y mencheviques, y también con los social-revolucionarios, estribarían en apoyar o no a la Duma, síntoma precursor de lo que ocurriría después con la influencia comunista en tantas partes del mundo, adaptarse a las instituciones más o menos democráticas, para aprovecharse de ellas, y dentro poder hacer una labor más eficaz, a la vez que el partido desarrolla una labor subterránea, dividiendo así la acción en dos frentes, el interior y el exterior, con la actitud más infantil de los ultraizquierdistas de rechazar, en un exceso de purismo, las instituciones democráticas, lo que les privaba de, por un lado, la representatividad, y, por otro lado, la garantía, al ser miembros de los parlamentos.

Con todo lo anteriormente expuesto, vemos que las palabras de Lenin, cuando calificó a los sucesos de 1905 de «Ensayo general para la revolución de 1917», fueron acertadas, y cómo el imperio ruso se conmovió hasta un punto casi crítico, pero, a diferencia de los apologistas bolcheviques, hemos de ver sinceramente cómo, si no se hubiese producido el desastre militar en la guerra con el Japón, nunca habrían podido los revolucionarios, en sus distintos grupos, conmover el imperio hasta el extremo que lo conmovieron en 1905. También en 1917, sin la decisiva ayuda que supone una derrota militar externa, nunca los revolucionarios podrían haber conseguido sus fines. Hemos visto que, a pesar de algunas desertiones en la marina y en el ejército, en general las fuerzas armadas permanecen fieles al Zar, y la policía puede con sus recursos controlar la situación. Sólo la inter-

defectiblemente los revolucionarios eran detenidos por la policía, Lenin se resistía a creer en la complicidad del mismo, reaccionando incluso airadamente contra los que se lo comentaban. Malinovsky llegó a ser miembro del Comité Central del Partido, y ¡líder de los bolcheviques! en la Duma o Parlamento, no descubriéndose su actividad hasta después del triunfo de la revolución. Otro agente de la *Ojrana* fue el doctor Chitomivski, jefe de la sección extranjera del partido bolchevique, y amigo de Lenin, que desde 1902 trabajaba para la policía. A tal extremo llegó la infiltración, que cuando se decidió lanzar el periódico *Pravda*, fue Malinovski el encargado de editarlo. Todo esto viene a confirmar que sin la decisiva ayuda de las dos guerras exteriores, los revolucionarios por sus solas fuerzas, nunca habrían derrocado al régimen zarista.

vención externa, acelerando la descomposición de estos cuerpos, es la que pudo hacer posible la crisis de 1905, controlada, y la de 1917, que llevó al establecimiento del régimen soviético en Rusia, de cuyas consecuencias nadie puede sentirse no afectado y, lo que es más importante, nadie sabe lo que le afectará en el futuro.